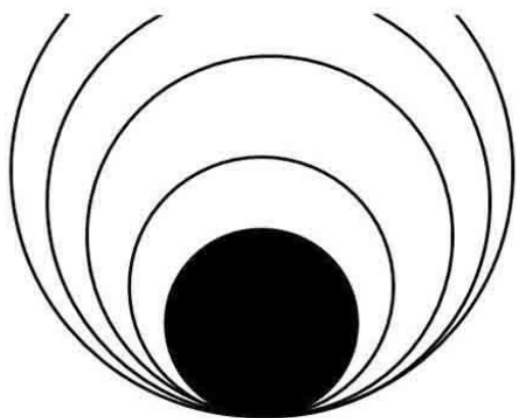




ESPIRAL DE MUERTE

Albert Rosbund





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

ESPIRAL DE MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 897
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 18.144 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1979

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Desiló - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

439 — Revólveres calientes.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

370 — Tierra sin piedad.

En Colección PUNTO ROJO:

888 — Te quiero... muerta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.504 — Réquiem por un senador.

PARA DOS BUENOS AMIGOS:

Pedro y Sara

CAPÍTULO PRIMERO

Mi último trabajo había consistido en elaborar un amplio informe acerca de Elmer Bronson, un directivo de la Ferguson Incorporated. Según mis investigaciones, las sospechas que el señor Ferguson tenía sobre él eran infundadas. Elmer Bronson cumplía perfectamente con su empleo y no había cometido indiscreciones de ninguna clase. El señor Ferguson acababa de marcharse de mi oficina con el *dossier* bajo brazo, dejando tras de sí un fuerte perfume varonil y un cheque por valor de quinientos dólares.

Me disponía a leer el periódico de la mañana para enterarme de cómo habían dejado el mundo los políticos el día anterior, cuando alguien golpeó en el cristal esmerilado de mi puerta.

«Trabajo», pensé. Eso era bueno. No me gusta estar inactivo mucho tiempo. El dinero no es eterno.

—¡Adelante! —invité.

Mi oficina consiste en una única habitación, un espacioso despacho de los centenares que hay en el Garfield Building de West 44th Street, no muy lejos de la sede del *New York Times*. En Manhattan, New York, por supuesto. Hay una mesa escritorio, un sillón giratorio para mí, un par de butacas para las visitas, unos archivadores metálicos, una papelería, una mesita con una vieja máquina de escribir que conseguí de segunda mano, una percha... y yo.

—¿James Turner, el detective privado?

La pregunta la acababa de hacer la persona que había entrado en mi despacho. Era un tipo alto y recio, de unos treinta y cinco años de edad, pelo castaño alborotado, ojos de mirada acerada y mentón hendido. Vestía un vulgar traje de chaqueta, yo diría que hasta un poco sucio.

—Yo soy —asentí, levantándome del sillón giratorio y desviando mi mirada hacia el cristal esmerilado de la puerta. Dos sombras

inquietas se movían al otro lado. Eso me preocupó. Parecían vigilar.

—Puede sentarse.

—Usted primero, señor...

—Sidney Harris.

No alargó su diestra y yo tampoco me preocupé de ser educado. Le vi dejarse caer sobre una de las butacas y sacar un arrugado paquete de cigarrillos.

—¿Cuál es el asunto que le trate aquí, señor Harris? —pregunté, tomando asiento.

Encendió un pitillo sin llegar a ofrecerme. Dejó escapar una bocanada de humo y luego dijo:

—Me interesa Debra Granger.

Respingué.

Le observé escrutadoramente, tratando de adivinar algo más de él. Fue un intento vano. Mantenía un rostro impenetrable, una especie de cara de póquer. Después mi mirada volvió a las sombras de la puerta.

—No entiendo este... este aire de misterio —dije, ceñudo—. ¿Esas dos personas que aguardan ahí fuera han venido con usted?

—Sí.

—¿Por qué no entran?

—No es necesario.

—Bien. ¿Qué... qué he de hacer respecto a Debra Granger?

Podía ser una casualidad. Sí, eso. Una casualidad. ¿Porqué no? A veces el mundo es un pañuelo. Yo conocía a Debra Granger de tiempo atrás, había sido mi novia... y ahora, de repente, se presentaba un cliente que se interesaba por ella. Una casualidad, sí.

—Hábleme de ella —fue la respuesta de Sidney Harris, fumando impasible.

—¿Sólo ha venido para que le hable de ella?

—Sí.

—Veamos —me pellizqué el mentón—. Usted da por hecho que yo la conozco.

—Sí.

—Y quiere conocer mi opinión sobre ella, ¿es eso?

—Sí.

Era muy lacónico, pero sus ojos grises no se perdían detalle de mí, de mis gestos, de mi forma de contestar, de mi seguridad o de

mi vacilación.

—Pues creo que se ha equivocado, amigo —dije resueltamente—. Yo no vendo informes de esa clase.

—Ni yo los compro.

De pronto, echó mano del bolsillo interior de su chaqueta. Sacó un estuche de piel que arrojó sobre mi mesa. No hizo falta que lo cogiera. El solo se abrió ante mis ojos. Pude ver la placa. También el carnet. Teniente Sidney Harris, brigada de Homicidios, Departamento de Policía de New York.

Ahora todo daba un giro de ciento ochenta grados. Y por un momento me sentí mareado.

—¿Qué pasa? —Fue lo primero que se me ocurrió decir.

—Se lo dije antes, Turner. Hábleme de la joven.

—Pero ¿qué quiere exactamente que le diga?

—Lo que sepa de ella.

Yo pensaba otras cosas mientras él hablaba. ¿Había desaparecido? ¿Qué tontería, para eso no interviene la Brigada de Homicidios! ¿Había cometido una fechoría, un... un crimen? ¡No, imposible! Debra era incapaz de algo así. Si sólo ver una gotita de sangre le producía angustia y horror. Entonces, ¿había mu...? Corté *ipso facto* el pensamiento, notando que un ligero sudor humedecía las palmas de mis manos.

—Estoy esperando, Turner.

El teniente Harris se había movido, desplazando su humanidad hacia adelante para sacudir el cigarrillo sobre el cenicero que había en mi mesa escritorio. Su voz sonó autoritaria y me encontré con su acerada mirada mucho más cerca. No presentí nada bueno.

—En fin, no es ningún secreto —me encogí de hombros—. Hace unos meses salí con ella. Éramos buenos amigos.

—Novios.

—Si lo quiere llamar así...

—¿Y qué más?

—Un día se acabó.

—¿Por qué?

—Ella lo decidió.

—Así que fue ella, ¿eh?

—Sí, en efecto.

—¿Y cómo le sentó a usted?

—Me tuve que conformar. Me dediqué por completo a mi trabajo y traté de olvidar.

—¿Olvidó?

—Siempre se olvida, aunque no del todo. El recuerdo queda, lo quiera uno o no.

—¿No la volvió a ver?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí. ¿Y a qué viene tanta pregunta de este tipo? Creo que tengo derecho a...

—A su exnovia la han estrangulado con un cordel —me soltó abruptamente.

A pesar de que la sospecha aleteaba en mi cerebro, la noticia me sentó como un caño de agua helada. Permanecí inmóvil como la percha de enfrente y sólo mis labios se movieron lo justo para tartajear:

—¿Estrangulada?

Asintió con la cabeza, soltando dos chorritos de humo por las fosas nasales. Quedó a la espera de que yo dijera algo más.

Lo dije al cabo de un minuto:

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién?

Fueron las tres preguntas clásicas de cualquier persona que se dedica a la investigación. Me salieron como si yo fuera una ametralladora.

—Anoche. Aún no tengo el informe final del forense. Tal vez entre las dos y las cuatro. Se la encontró un patrullero que hacía su ronda por Sunset Park, al este de Brooklyn. Estaba tirada entre unos matorrales. Y el quién es lo que estoy tratando de averiguar.

La última frase la dijo con mucha intención, recalcando cada una de las palabras. Adiviné entonces que yo era uno de los sospechosos, uno de los que llevaba número para la rifa final del cargo de asesinato.

—Pues... no creo que pueda ayudarle mucho, teniente Harris —dije—. Hace meses que no sabía nada de ella. Ésta es la primera noticia que tengo de Debra, y ciertamente es desagradable.

—No necesito de su ayuda como detective, Turner. Sólo deseo aclarar unos cuantos puntos.

—Ya.

—¿Cuántos meses hace que no la veía?

—Cinco.

—¿Y en ese tiempo tampoco ha hablado con ella, por ejemplo, por teléfono?

—No.

—Ni cruzado una línea escrita.

—Tampoco.

—Ni se interesó por su vida.

—Ya le dije antes que quería olvidar lo más posible. Es del género idiota pensar que...

—Comprendo.

—Me alegra —sonreí por vez primera.

El teniente Harris nuevamente se hizo hacia adelante, en esta ocasión para aplastar la colilla en el cenicero. La pregunta que me hizo entonces borró automáticamente la sonrisa de mi rostro:

—¿Qué hizo anoche, Turner?

No contesté al momento. Estuve meditando muy seriamente. La cosa tenía su miga.

—No le he oído —se hizo el gracioso el policía.

—Estuve con una amiga —dije al fin.

—¿Ah, sí?

—Le puedo dar sus datos, si quiere.

—Por supuesto que quiero.

—Julie Hendrix. 556 West 27th Street. Es una fotógrafo de modas.

—Y pasó la noche con ella.

—Así es.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Sería bueno que fuera verdad.

—¿Por qué no va a serlo? ¿Tiene algún interés en que yo sea el culpable, teniente?

—Antes de venir acá me he procurado algunos informes suyos.

—¿Y...? —Arqueeé una ceja. Sabía lo que me iba a decir a continuación.

—Usted figura en muchos *dossiers* del Police Department. Se ha cruzado muchas veces en los casos de varios compañeros míos. Hablan de un tipo cínico, duro, poco colaborador, con malas pulgas

y violento.

—¡Es que usted ha ido a preguntar a unas personas...! Le voy a dar la dirección de mi madre, que vive en un pueblecito del estado, y verá como la cosa varía.

—Los celos son muy malos consejeros —dijo, haciendo caso omiso de mis anteriores palabras—. ¿Sabía que Debra Granger acababa de comprometerse con un joven, un compromiso serio con fecha de boda incluida?

—No. Pero yo no soy de esa clase de tipos. Ni mato por celos ni me gusta el cordel. Me da la impresión, teniente, de que usted está dando palos de ciego. ¿Quién le ha sugerido que yo pudiera ser el asesino?

—Nadie.

Se puso en pie, dispuesto a largarse.

—Apostaría por el viejo Granger.

Ni parpadeó.

—¿Ve? Si él hubiera sido el muerto, entonces habría estado más justificada su visita a mi despacho.

CAPÍTULO II

Mi reencuentro con Debra, después de tanto tiempo, no tuvo nada de agradable.

—¡Aquí la tienen! —exclamó indiferente el encargado de la Morgue, tirando hacia afuera de la enorme gaveta, tras haber abierto la cámara frigorífica.

Yo había decidido en el último momento acompañar al teniente y a sus dos detectives —las preocupantes sombras— en su visita a Julie Hendrix, pero antes Harris quiso que pasáramos por la Morgue. Tal vez estuviera ya el informe del forense...

El teniente alzó brevemente la sábana que la cubría y yo pude contemplar con cierto horror lo que era actualmente la cabeza de Debra. Ya le habían hecho la autopsia y ello se notaba perfectamente porque a la hora de recomponer la forma original la cosa no había quedado del todo bien. Por otro lado, el *rigor mortis* debía haberla cogido con la mueca de espanto compuesta a la hora de morir y de su bello rostro, por tanto, no quedaba absolutamente nada. Por unos instantes, como rápidos *flash-back*, pasaron por mi mente diversos visajes y gestos que yo había admirado en Debra, su vitalidad, sus risas, sus llantos..., todo se lo había llevado esa sucia escoba llamada muerte, y además de una forma que revolvió el estómago al más templado. Una brutal marca circundaba por completo su cuello.

Alcé mi mirada y me encontré con la inquisitiva del teniente.

—Creo que es suficiente —dije con voz ronca.

El también lo creyó así. Dejó caer el pico de la sábana e hizo una seña al encargado. El chasquido de la cámara frigorífica al cerrarse puso fin dentro de mí a algunas cosas. Es curioso. Uno conoce a lo largo del camino de su vida a muchas personas, con unas se relaciona más o menos regularmente, con otras no, son iguales pasajeros de viaje, pero respecto a ellas siempre hay algún

momento en que es grato pensar, mientras no se tienen noticias tuyas y se cree que están vivas, si estarán haciendo esto o lo otro, si les irán las cosas bien o mal, si ya tendrán hijos o nietos... Ahora bien, cuando llega la trágica noticia, ya es imposible pensar en futuro acerca de ellas, sólo resta el pasado, el recuerdo, y ése es el dolor que lacera interiormente. Justo lo que me ocurría a mí en aquellos momentos. Ya nunca podría en un instante dado pensar: ¿habrá encontrado la felicidad, Debra? Y, optimistamente, contestarme que sí.

Ya camino del despacho del médico forense, le pregunté al teniente:

—¿He pasado la prueba?

—Entre.

Había empujado la puerta, cediéndome el paso. Sus dos detectives quedaron fuera. Lo único que sabía de ellos era que uno respondía al nombre de Holmes —el alto y rubio— y el otro al de Burton —el corpulento moreno, con rostro de boxeador fracasado.

Un hombre nos esperaba en pie, envuelto en una bata inmaculada. Mediana estatura, pelo canoso, nariz aguileña, gafas de grueso cristal y lo menos cincuenta años sobre sus ya algo encorvadas espaldas.

—Hola, Harry —saludó el teniente.

—Ya tengo el informe listo —contestó Harry.

—Éste es James Turner, un *pesquisa* —me presentó entonces el policía—. El doctor Harry Stone.

Estrechamos nuestras diestras. Mientras, el teniente ya se había hecho cargo de la hoja mecanografiada y la leía rápidamente.

—Violación —gruñó.

—Sí —cabeceó el *doc*—. Y cosa rara, se trataba de una chica virgen.

El teniente me miró:

—¿Qué dice a eso, Turner?

—Debra era una joven muy mirada para las cosas sexuales. Opinaba que las relaciones íntimas sólo se debían tener tras el matrimonio.

—No se quedaría usted con las ganas y...

No me pude contener. Me abalancé como una ñera sobre él... para encontrarme con el feo agujero del cañón de su revólver

reglamentario ante mis narices.

—¡Quieto, león!

Era un tipo rápido.

—Esas palabras se las haré tragar un día u otro —mascullé, dando unos pasos hacia atrás.

—Le costaría la licencia. En realidad, le he ayudado a no cometer una tontería.

—Si se cree que por llevar una placa, puede ir por el mundo diciendo barbaridades...

—Hay que tener más aguante, Turner.

—No me dé lecciones, teniente. Tengo treinta años y sé cuándo me encuentro ante un hijo de puta.

—Señores... —rogó el doctor, tan blanco como su bata.

—No se preocupe —dije—. No va a pasar nada. Vamos, termine su lectura, teniente, y vayamos a ver a Julie. Tengo ganas de perderlo de vista.

Guardó su revólver. Sus ojos volvieron al papel que sostenía con la otra mano.

—Podríamos hacer algunas pruebas con el semen... —empezó a decir.

—No —le interrumpió el doctor—. No encontré rastros de semen. El tipo debió utilizar un preservativo.

—Ya. Eso me hace casi descartar al psicópata sexual. No es la forma de actuar... Y la muerte ocurrió a las dos y media, ¿eh?

—Sí, aproximadamente.

El teniente, pensativo, dobló el papel y se lo guardó en la chaqueta.

—Vamos —tronó.

Le seguí, reflexionando acerca de todo lo que había escuchado.

Poco después, en el coche policial, sin haber vuelto a cruzar una sola palabra más con el teniente Harris, llegamos al edificio donde vivía Julie Hendrix.

A Julie Hendrix la había conocido hacía cosa de seis meses. Una firma de modas quería que vigilara a una de sus empleadas, directamente relacionada con las diseñadoras, pues últimamente habían tenido filtraciones de sus más recientes modelos. Durante esta investigación conocí a Julie, que trabajaba como fotógrafo de los modelos. La empleada resultó ser culpable, Julie me ayudó a

demostrarlo y al final terminamos como algo más que simples amigos.

Julie impresionó enseguida al teniente. Era alta, con una figura tremendamente proporcionada que resaltaba las sencillas ropas que vestía: unos ceñidos pantalones vaqueros y una no menos ceñida blusa roja. El relieve de sus caderas era tentador y la pujanza de sus senos pura dinamita. Poseía unos cabellos del color del oro viejo, sedosos, largos, que enmarcaban un rostro de piel blanca, ligeramente pecoso, con una nariz recta, unos ojos grandes, verdes, luminosos, una boca carnosa y unos graciosos hoyuelos que se le marcaban sin ningún esfuerzo al sonreír. Su edad era de veintisiete años y a la hora de hacer el amor sabía de mil locuras. Pero esto último no lo pudo apreciar el condenado teniente Harris.

Habíamos subido al piso solamente él y yo. Los dos detectives quedaron en el auto.

Tras las presentaciones, agregué:

—Anda, Julie, dile al teniente dónde estuve yo anoche.

—¿Por qué? —inquirió ella, mirándome fijamente.

—Está empeñado en...

—Usted cálese, Turner —me cortó el policía—. Aquí sólo vamos a hablar la señorita y yo.

—*Okay* —me encogí de hombros.

Le dirigí una nueva mirada a Julie y luego encaminé mis pasos hacia el amplio ventanal del salón donde nos encontrábamos. La calle no presentaba mucho tráfico. Desde aquella altura, hacia el oeste, se podía ver perfectamente el azul del Hudson River. Mis oídos, por su parte, no se perdieron ni una palabra de la conversación entre el policía y Julie.

—¿Qué hizo usted anoche, señorita Hendrix, después de la cena?

—Estuve aquí, en casa.

—¿Sola?

—Acompañada.

—¿Por quién o quiénes?

—Sólo por él.

—¿Turner?

—Sí.

—¿Cuándo llegó?

—Vino a cenar. Serían las ocho...

—Ya. ¿Y cuándo se fue?

—No se fue.

—¿No? —La partícula negativa sonó como un disparo.

—Pasó la noche conmigo, teniente. Supongo que eso no será delito.

—No... —Ahora fue apenas un susurro.

—¿Algo más?

Yo ya había girado sobre mis talones. Podía ver el rostro del teniente. Era un hombre derrotado. Y ni siquiera contestó a Julie. Dio media vuelta y echó a andar hacia la salida.

—Dele recuerdos al señor Granger —le dije como despedida.

Entonces se volvió. Me miró con cara de muy pocos amigos.

—Dígale de mi parte que posiblemente vaya a visitarle —agregué—. Y busquen por otro lado.

—Nos veremos, Turner —dijo roncamente.

—Eso espero yo también.

Por fin desapareció de mi vista. Escuché un portero. Julie fue a decir algo, pero yo me llevé un dedo a la boca, indicándole silencio.

Corrí hacia el ventanal. Me asomé. Respiré aliviado cuando vi al teniente Harris aparecer y subir al coche policial.

Julie ya había llegado junto a mí.

—¿A qué viene todo esto, James? —me preguntó, tomándome de un brazo.

—Complicaciones, nena.

—¿De qué se trata?

—Un crimen —expliqué—. Anoche asesinaron a Debra Granger, la chica con la que yo antes salía.

—¿La hija de Stanley Granger, el de las compañías inmobiliarias?

—Sí.

—¡Eso habrá conmocionado las alturas!

—Lo supongo. Como también supongo que el gran hombre enseguida ha pensado en mí como culpable y me ha tirado encima a ese perro de presa que trabaja como teniente en la Brigada de Homicidios.

—¿Tanto te odia?

—El estropeó las relaciones entre Debía y yo, y yo creo haber sido de los pocos hombres que han sido capaces de decirle cuatro

verdades a la cara y aún no han muerto de inanición.

—O sea, que el odio es mutuo.

—Más o menos. —La rodeé con mis brazos y le di un beso en los labios—. Gracias.

—No hay de qué —me contestó, sonriente—. Imaginé enseguida en qué apuro te encontrabas.

—Ventajas de querer a una chica inteligente.

—Adulador.

Le di otro beso.

—Pero esto es serio, nena —dije luego—. Si supieran que realmente no tengo coartada, me enchironarían en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO III

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Julie al tiempo que me entregaba un vaso mediado de *whisky*, en el que bailaban un par de cubitos de hielo.

—Podría cruzarme de brazos y olvidarme del asunto, pero no voy a hacerlo.

—Puedes meterte en un buen jaleo, sobre todo si no le caes simpático a Granger... ni a ese teniente que parece estar a su servicio.

—Lo sé.

Bebí un trago, pensativamente. Era imposible borrar de mi mente lo que había visto en la Morgue.

—Debra no me hizo nada —comencé a hablar, no sé si conmigo mismo o con Julie—. Yo la amé sinceramente. Ella también me quería, pero no fue suficientemente fuerte como para hacer frente a su endiosado padre. Se acobardó ante las amenazas de éste y me dejó. Debra era una muchacha débil, poco independiente. Lo comprendí y no le guardé rencor. Eso sí, no me quedé con las ganas de decirle unas cuantas cosas al gran hombre, más que por el lavado de cerebro que le había hecho a su hija, por los impedimentos que empecé a encontrar en mi trabajo y que enseguida supe eran obra suya, para mostrarme ante su hija como un pobre diablo sin futuro claro...

Hice una pausa. Entonces me di cuenta que Julie se había sentado a mi lado, en el diván. Nuevamente disminuí el peso del vaso. Luego chasqueé ruidosamente la lengua y continué:

—Está claro que el gran hombre, nada más tener conocimiento de la muerte de su hija, en el primero que ha pensado ha sido en mí. No sé si porque me considera realmente culpable... Yo diría que no. Que únicamente lo ha hecho por volverme a molestar, por seguir haciéndome la vida imposible. Esos tipos son así. Estoy

seguro que hubiera sido una alegría para él que no tuviera coartada y hubiese de pasar unos cuantos días en la cárcel. Ese teniente le habría hecho el juego como un perrillo fiel...

—Pero también le interesará que se descubra al culpable del asesinato...

—Sí. De esto no me cabe la menor duda. Y habrá puesto patas arriba todo el Departamento de Policía. Incluso le imagino telefoneando al gobernador, al alcalde y a todo aquel que posea influencias, para obtener un rápido resultado. No, por ese lado no hay que preocuparse. El asesinato de Debra será investigado a fondo.

—Bueno, pues entonces olvidémoslo —ella se removió en el diván, para pegarse más a mí—. Puedo tomarme la mañana libre, cariño.

Era toda una sugerencia, invitación o como ustedes lo quieran llamar. Noté sus pulposos labios sobre los míos, la caricia subyugante de su lengua..., pero yo no estaba para esas cosas.

—¡Eh! —protestó al ver que me separaba.

Apuré el contenido del vaso, me levanté y me dirigí hacia el teléfono.

—Puedo utilizarlo, ¿verdad?

—Sabes que sí.

Dejé el vaso sobre la repisa y descolgué el auricular. Marqué un número que sabía de memoria.

—Police Department —cantó una voz cuando descolgaron al otro lado del hilo telefónico.

—Con la Sección de Homicidios, por favor —solicité.

Pausa. Cambio de clavijas. Otro canto:

—Sección de Homicidios.

—Con el detective de primera Larson, por favor.

—¿De parte de quién?

—De su amigo James.

No hizo falta que dijera el apellido. Mejor.

—¿Sí?

—¿Jack?

—¡Ah, hola, eres tú! —me reconoció entonces—. ¡No sabía de qué James se trataba!

—¿Cómo estás?

—Bien. Cuánto tiempo sin saber de ti. ¿Ocurre algo?

—Has acertado. Dirás que siempre te llamo por conveniencia.

—Anda, escupe. ¿Cuál es tu problema?

—Debra Granger.

Silbó.

—Toda la Sección anda loca con ese asunto —agregó—. El propio capitán Mac Coy se ha hecho cargo de la dirección de las investigaciones.

—Bien, muchacho, lo que voy a pedirte es confidencial. No me nombres por ahí o me pierdes.

—¿Por qué?

—Yo salí una temporada con Debra Granger y hay quien piensa que yo pude haberla matado. Un tal teniente Harris ya me ha visitado.

—El Ogro. Es el brazo derecho del capitán.

—Un gran tipo —dije con sorna.

—Un mala leche —reconoció Larson—, pero es honrado.

—Quiero que me digas cómo está el caso actualmente. Qué se sabe.

—Poca cosa. La chica salió anoche con su novio, cenaron en el Applause, de Lexington Avenue, y luego fueron a dar unas vueltas por ahí en coche. Ya sabes, cosas de enamorados... Por último él la dejó a la puerta de su finca sobre la una de la noche. En cuanto la vio meterse en el interior, se fue a su casa. Ahora bien, la chica no llegó a ser vista. Bien la raptaron a la entrada, bien tenía otra cita y en cuanto vio largarse al novio...

—O bien miente el novio —agregué yo—. ¿Quién es él?

—Lionel Carson.

—No me suena. ¿Un tipo de élite? Al viejo Granger no le gustan los tipos mediocres.

—Su padre es dueño de una inmobiliaria.

—¡Vaya, de la competencia!

—Bueno, supongo que la boda habría unido las empresas. Siendo hijos únicos...

—Entiendo.

—Y poco más puedo contarte por el momento. La descubrió un patrullero en...

—Eso ya lo sé. ¿Y qué dicen los peritos que han examinado el

lugar?

—No hay huellas. Allí no se cometió el delito. Simplemente fue el sitio donde se la arrojó.

—Ya.

—Eso es todo, James.

—Gracias, Jack. Hasta otra. ¡Y punto en boca, por favor!

—No te compliques la vida, James.

—Te debo una copa. Nos veremos.

Colgué antes de que empezara a sermonearme. Conocía a Jack Larson de la infancia, de cuando nuestras madres nos llevaban a jugar al mismo parque de Princetown. Parecía que iba para cura, pero al final terminó de policía.

De pronto, Julie me hizo saber que todavía continuaba allí.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó un tanto airada—. ¿Vas a meterte de lleno en el asunto?

—Sí.

—¡Estás loco!

—Por un lado, estoy en la lista de sospechosos y no voy a esperar que puedan demostrar que no estuve contigo la noche pasada y me detengan; entonces ya no podría hacer nada. Por otro lado, no me gusta lo que han hecho con Debra y voy a descubrir qué ha pasado realmente.

—¡Oh, ya salió el Quijote!

—Búrlate.

Ella se aproximó a mí.

—Sabes que te quiero y que me gusta cómo eres —se abrazó a mí—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Busca en el listín la dirección de la inmobiliaria Carson. Voy a empezar por el actual novio de Debra.

CAPÍTULO IV

La inmobiliaria de los Carson se encontraba al final de la West 17th Street, ocupando las plantas bajas de un soberbio edificio de apartamentos. Más allá se hallaban los muelles y el río.

La chica de recepción cumplía los requisitos: joven, mona, muy maquillada, servicial y con una sonrisa de anuncio de dentífrico. Ésta tenía el cabello del color del trigo y los ojos del color del mar.

—Quisiera hablar con los señores Carson, padre e hijo —solicité.

—Lo siento. No están.

—Vaya...

—¿Qué ocurre, Betsy? —Sonó entonces una voz a mi derecha.

Miré y vi llegar a un hombre tan alto como yo, más delgado y con abundantes canas salpicando sus rebeldes cabellos. Debía contar unos cuarenta y tantos años.

La muchacha también había desviado la mirada hacia el hombre de porte elegante. Le explicó rápidamente lo que yo quería.

—Mi nombre es James Turner, detective privado —añadí a sus palabras.

El señor Fargo, como así le había llamado la chica, arrugó la nariz. Sus ojos oscuros me escrutaron durante unos segundos en silencio. Luego dijo escuetamente:

—Sígueme.

Le seguí a un despacho tan elegante como su persona.

Todo brillaba allí. Parecía como si alguien no tuviera otra cosa que hacer más que pasarle el trapo a todos los muebles de la estancia. Había refrigeración y las butacas eran de ésas de las que un culo nunca protesta.

—Yo soy Ken Fargo, el gerente —se presentó al fin, una vez estuvimos acomodados—. Los señores Carson atraviesan en estos momentos unas horas difíciles, dramáticas, sobre todo el hijo. No sé si sabe que...

—Lo sé —le interrumpí—. La novia de Lionel Carson apareció anoche asesinada.

—Eso es. ¿Puedo servirle en algo? Tal vez yo baste para lo que usted quiere. ¿Está interesado en nuestro negocio?

—Usted ya adivina que no, señor Fargo. Le dije antes cuál es mi profesión. Ahora le diré que he comenzado a investigar lo ocurrido a Debra Granger.

—¿Quién le ha contratado?

—Ella.

—¿Una mujer? ¿Quién? ¿La madre de...?

—No. Actúo por cuenta de Debra. Elia fue algo más que amiga mía.

—¡Oh!

Ken Fargo se acomodó mejor en su asiento. Yo le observé fijamente.

—¿La conocía?

—La había visto un par de veces con Lionel.

—¿Usted no tiene ni idea del crimen, de las causas que lo pueden haber provocado...?

Se encogió de hombros.

—¡Qué quiere que le diga! ¡Pienso que tal vez haya sido la obra de un loco, de esos psicópatas que tanto abundan hoy día en las grandes ciudades!

—Pudiera ser, sí —cabeceé—. Bueno, yo con quien deseo hablar es con los Carson. ¿Es usted tan amable de indicarme dónde les puedo encontrar?

—Están en su casa. Hablé hace un rato con Carson padre. Lionel está muy afectado, me ha contado que ha caído en un estado bastante depresivo. ¡Debe de haber sido un duro golpe para él!

—Ya. ¿Cuál es la dirección?

Me la dio sin ningún inconveniente. Luego me acompañó hasta la puerta y me despidió con un apretón de mano.

No fue ninguna sorpresa para mi darme cuenta de que me esperaban. Ken Fargo, como buen empleado, debía haber telefoneado avisando de mi llegada.

Los Carson vivían en un gran y confortable piso de Madison Avenue, frente a Central Park. Una pizpireta doncella me condujo a través de un par de pasillos y habitaciones a un salón decorado

ostentosamente. Allí me aguardaba impaciente un hombre maduro, prácticamente calvo, con pesadas bolsas bajo sus cargados ojos pardos y un rostro cuyas facciones expresaban preocupación, gravedad. Se encontraba en mangas de camisa y fumaba un cigarrillo con cierta ansiedad.

—John Carson.

—James Turner.

Ésas fueron nuestras primeras palabras mientras estrechábamos las diestras, después de haber sido abandonados por la doncella.

—Bien, Turner —fue el dueño de la inmobiliaria al grano inmediatamente—. ¿Por qué ese interés por nosotros?

Ni siquiera me había ofrecido asiento. Los dos permanecemos en pie, él con el cigarrillo entre los dedos, subiendo hacia el blanco techo una débil columna de humo.

—Supongo que el señor Fargo ya ha hablado con usted —respondí—. Por tanto, sabrá que estoy investigando el asunto por mi cuenta.

—El caso pertenece a la policía...

—Nadie lo niega. Pero eso no impide que yo pueda hacer averiguaciones.

—No tengo ninguna obligación de contestarle... ni siquiera de recibirle.

Lo dijo duramente, con un modo que no me gustó. Mientras le daba una nueva chupada al cigarrillo, le repliqué:

—Mire, señor Carson. Debra Granger fue algo así como novia mía y alguien ha tenido la feliz ocurrencia de que yo podía ser su asesino. Ni me ha gustado el crimen ni me ha gustado que quisieran achacármelo. Tengo un trabajo independiente, unos cuantos ahorros, así que puedo perder todo el tiempo que me dé la gana en tratar de aclarar la muerte de Debra. Le guste a usted o no. ¿Entendido?

Su pitillo tembló entre los dedos. Una arruga surcó su frente.

—Nosotros no tenemos nada que ver con el asesinato, por tanto nada tenemos que contarle. Eso es todo. Creo que he sido suficientemente amable recibéndole.

—Se equivoca. Ustedes sí pueden aportar algunos datos al crimen. Ustedes se relacionaban directamente con la asesinada. Apuesto a que la policía les ha interrogado, ¿a que sí?

—En efecto. Y por eso le he dicho antes que nada tenemos que contarle. Ha quedado demostrado que no sabemos absolutamente nada. Yo conocía superficialmente a la muchacha, de haber coincidido alguna vez aquí, en casa, o en las oficinas, con ella y mi hijo.

—¿Y su hijo?

—Mi hijo no sabe tampoco nada. Ha sido el primer sorprendido por tan brutal asesinato. Tanto es así, que se encuentra indispuerto; terriblemente impresionado.

—Me gustaría charlar con él.

—Es imposible. Ya le he dicho que...

—Lo he oído, pero insisto.

—Está retirado en su habitación. Ha tomado unos calmantes y...

—Sí que la ha cogido fuerte su hijo —le interrumpí. Y añadí con sorna—: ¿Teme algo?

Ahora fue una venilla lo que se marcó claramente en la frente de John Carson. No me respondió. Dio media vuelta y se encaminó hacia una repisa cercana. Apagó el cigarrillo en el cenicero que allí había, después apretó un botón originalmente disimulado, pero no tanto para una aguda vista como la mía.

La doncella tardó en aparecer lo que yo en realizar una nueva inspiración.

John Carson habló entonces:

—Acompañe al señor Turner hasta la puerta de salida, Kathy.

—Sí, señor.

Me quedé mirando con fijeza al dueño de la casa durante unos instantes. Estaba claro que se negaba a un diálogo civilizado, como las personas, y menos con su hijo delante, no sabía por qué, pero por otro lado no era cuestión de comportarse con rudeza o violencia, no teniendo todavía ninguna prueba concluyente que apoyara la conversación... fuera como fuese.

—Nos volveremos a ver, señor Carson —fue lo único que dije, girando sobre mis talones y siguiendo a la pizpireta doncella.

Hice un alto en el camino. En un coqueto rincón había una mesa ratona y sobre ella un par de fotografías protegidas por unos marcos que sus buenos dólares debían haber costado.

—¿Ése es Lionel Carson? —pregunté, señalando la foto de un hombre joven, tal vez un par de años menos que yo, tez morena,

ojos oscuros, nariz recta y labios linos.

—Sí —me respondió la chica. Y agregó, sin que yo le preguntara —: Y ésa, la señora Carson. Murió el año pasado.

—Era aún joven —observé. Se trataba de una mujer rubia, de buen ver—. ¿De qué murió?

—Le gustaba mucho la equitación. Era socia del Club Hípico, Bien, una tarde tuvo la desgracia de caerse y se desnucó.

—¡Hummm!... ¡Qué mala suerte!

Continué tras ella y luego, ya en la calle, decidí tentar a la suerte. En mi mente todavía bailaban los comentarios del médico forense y comencé a hacerme una idea de lo que posiblemente podía haber sucedido la noche anterior.

No me encontraba muy lejos de la Lexington Avenue y del lugar donde habían cenado Lionel y Debra. Me abstuve de coger el coche, pues no me hacía falta para lo que yo quería. Y esto no era otra cosa que encontrar un *drug-store* que hubiera estado abierto la noche de marras. Un *drug-store* cercano al restaurante.

Lo hallé tras no poco andar. Pregunté a una empleada quién lo atendía por la noche y me contestó que el tipo no tardaría en aparecer. Pronto comenzaba su turno, a final de la tarde.

Me quedé allí, fumando cigarrillos y pensando. De vez en cuando alguna clienta llamativa me sacaba de la abstracción.

El fulano en cuestión era un joven de veinticuatro años a lo sumo, pelo rubio encrespado y ojos de mirada avispada. Movía las mandíbulas con un ritmo enloquecedor, masticando una pastilla de chicle.

—Éste es Freddie —me presentó la empleada con la que antes había hablado—. Freddie, este señor te busca. Es un detective privado.

—¡Oh! —Paró un momento las mandíbulas.

—Tengo entendido que usted hizo el turno de noche.

—Tutéeme, amigo, o si no esto va a parecer una conversación de ancianos —rió brevemente.

—Muy bien, Freddie. Sólo deseo hacerte unas preguntas... si es que estuviste toda la noche.

—Estuve, estuve... —afirmó.

—Verás... —Hice una pausa—. Me gustaría saber si alguien anoche entró aquí para comprar preservativos.

Freddie soltó una carcajada.

—¡La tira, amigo!

—Ya. ¿Los recuerdas?

—Difícil.

—Me interesa un tipo joven, más o menos como yo... —Y a continuación le describí el rostro de Lionel Carson.

Freddie ni se lo pensó.

—Por supuesto que sí, amigo. Entró muy nervioso y excitado. Pidió dos y me dio una propina de un dólar. Me llamó la atención su traje de chaqueta tan elegante, tan pulcro. Tipos así no se ven todos los días, y menos por las noches.

—Vale.

Yo también le di propina y luego me largué. Ahora ya tenía algo sólido con lo que poder hacer fuerza para charlar más profundamente con los Carson.

CAPÍTULO V

—¡Usted! —exclamó sorprendida la doncella.

—No hace falta que se moleste en acompañarme —le dije con una sonrisa—. Conozco el camino.

Eché a andar con paso decidido. Cuando entré en el salón, John Carson no se encontraba solo.

Le acompañaba un hombre joven, alto, con rostro pálido, más de temor que de falta de sol, a quien enseguida identifiqué como Lionel Carson.

Los dos se quedaron mirándome estupefactos.

—Hola —saludé.

—Pero ¿cómo se ha atrevido...? —Reaccionó John Carson, avanzando hacia mí—. ¡Fuera de aquí!

—He venido para hablar con su hijo —dije serenamente, sin moverme del sitio—. Y ya veo que está aquí.

—¡Creí haberle dicho que...!

—Las cosas han cambiado, señor Carson.

—¡No han cambiado nada! ¡Lárguese o...!

—¿O qué?

—¡O llamaré a la policía!

—No creo que le convenga.

—No me desafíe, Turner.

Lionel Carson nos contemplaba en silencio, con una cierta inquietud reflejada en sus ojos. Caminé hacia él, pasando indiferente por delante de su padre.

John Carson, al ver que yo no abandonaba el salón, corrió hacia el teléfono.

Cuando quedé frente a Lionel Carson, le dije con voz suficientemente alta como para que pudiera escucharme su padre desde el otro lado de la estancia:

—Creo que deberíamos hablar sobre el *drug-store* de la

East 40th Street y lo que usted compró allí anoche. Podemos hablarlo privadamente los tres, o podemos hablarlo en compañía de la policía.

El rostro de Lionel Carson sufrió una fuerte crispación de sorpresa y su tez se hizo aún más blanca si cabe. Su voz se quebró al exclamar:

—¡Padre...!

John Carson ya acudía hacia nosotros sin haber hecho efectiva su amenaza.

—¿Qué se trae entre manos, Turner? —barbotó, furioso.

—Aclarar el asunto.

—Si es dinero lo que busca.

—Busco la verdad. Su dinero me trae sin cuidado.

Lionel Carson había retrocedido hasta tomar asiento en una confortable butaca. Yo me permití darle la espalda al dueño de la casa. Encendí un pitillo y me senté frente al abatido Lionel.

—¿Qué ocurrió realmente anoche? —pregunté.

—Nada...

—No me mienta. Conozco el informe del médico forense y también sé lo del...

—¡Cállese! —suplicó, llevándose las manos al rostro.

Su padre apareció por detrás de él. Permaneció en pie, mirándome con ojos que despedían chispas de odio.

No tuve piedad.

—Fue usted quien la violentó, ¿no?

Se hizo un silencio de ultratumba.

—Y la estranguló —añadí.

—¡No! —Casi saltó de la butaca.

—No lo hizo premeditadamente. Estaba muy enfurecido, cegado, y en un momento dado...

—¡No! ¡No!

—¡Turner! —gritó a su vez John Carson.

Le miré muy sonriente.

—Como no se decide a hablar, simplemente le estoy explicando lo que creo que sucedió. Ahora bien, todo sería mucho más fácil si él quisiera colaborar.

Lionel Carson se había recostado sobre el respaldo de la butaca, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, el derecho. Mantenía

los ojos cerrados y no hacía más que estrujarse nerviosamente las manos.

Finalmente habló:

—Cenamos juntos, luego la invité a venir aquí. La doncella tenía su noche libre y mi padre se había ido a jugar al Casino. Ella ya había venido otras veces, y nunca había pasado nada. Ella..., ella era una clase muy especial de chica. Gustaba de jugar eróticamente, pero sin llegar al final, no sé si me entiende...

—Más o menos.

—Conseguía enardecerle a uno para luego... nada. Parecía disfrutar con ello, yo ya estaba cansado de ser un mero juguete y...

—¿Por qué no la abandonó?

—Bueno, yo..., yo la quería.

—Ya. ¿Qué más?

—Decidí darle una..., una lección.

—¡Vaya lección!

Entonces abrió los ojos y exclamó:

—¡Pero no la maté! ¡Se lo juro!

Tengo que reconocer que el joven me pareció sincero. Seguí preguntando:

—¿Qué pasó exactamente?

Volvió a cerrar los ojos, como si así recordara mejor los hechos.

—Bueno. Estuvimos aquí tonteando, luego..., luego ella trató de escabullirse, como siempre. Reía, parecía burlarse, como siempre, ya le digo...

—Y entonces abusó de ella —solté yo abruptamente.

Lionel Carson no dijo nada. Su padre tomó entonces la palabra:

—Creo que ya es suficiente. ¡Lárguese, Turner!

—Apenas hemos aclarado nada —dije, sin levantarme del asiento—. Continúe, Lionel Carson. ¿Qué ocurrió después?

—Ella..., ella se marchó, enfadada y rabiosa...

—Así pues, no la acompañó usted hasta su casa, como contó a la policía.

—No.

—Como tampoco estuvieron por ahí, dando vueltas, tras la cena.

—No.

—Mintió para ocultar la tropelía cometida.

—Sí.

—¡Míreme a la cara, Carson! —exigí.

Lo hizo.

—¿Seguro que no fue usted quien la estranguló al resistirse ella a sus deseos? —pregunté muy lentamente, observándole con detenimiento.

Ni siquiera parpadeó.

—¡Se lo vuelvo a jurar, Turner! ¡Ella salió de aquí por su propio pie!

—¿Camino de su casa?

—Supongo.

—¿Qué le dijo?

—Sólo me dedicó unos cuantos insultos.

—Y se fue.

—¡Sí, se fue! Ya sé que con lo relatado paso a ser un sospechoso, por eso y porque lo que hice no..., no estuvo bien, me abstuve de contárselo a la policía. Además, si los Granger se enteraran...

—¿Y qué hubiera pasado de no morir Debra?

—Ella no habría hablado. Al final se le pasaría el enfado, yo la hubiera convencido.

—¡Hummm!...

—¡De verdad, no la maté! ¡Usted ha sido más listo y ha averiguado lo de los preservativos! ¡Muy bien, se lo he confesado todo! ¡*Todo!*

—Cálmese —dije, apagando el cigarrillo en el cenicero de la cercana mesita—. Ahora hablemos de Debra, en general. ¿Cómo era su comportamiento últimamente?

—Normal.

—¿Nada extraño, nada que llamara su atención?

—No, en absoluto.

—¿De qué hablaron anoche?

—Únicamente de nosotros mismos, de nuestras cosas.

—¿Jamás habló de que tuviera miedo de alguien?

—No.

—¿Ningún amante despechado?

—No.

—En todo caso, usted —tronó el vozarrón de John Carson, maliciosamente.

Le dediqué una sonrisa lobuna y luego continué con su hijo:

—¿No recuerda nada que pudiera ser de utilidad para la resolución del asunto?

—La policía me hizo la misma pregunta. Y la respuesta es no. Yo no creo que haya un móvil específico, relacionado directamente con Debra. Esto debe haber sido la obra de un loco. Alguien que la vio sola y...

—Usted lo ha dicho. Alguien que la vio sola... ¿Y sabe por qué estaba sola?

Lionel Carson bajó su mirada.

—Creo que ya ha incordiado bastante, Turner —intervino su padre—. ¡Puede marcharse!

—No me gustan ustedes —dije, duramente—. Forman una pareja desagradable. Un padre imbécil y proteccionista y un hijo mimado y caprichoso.

—¡Fuera de aquí! —rugió John Carson.

—Aún no he terminado.

—La policía...

—¿Quiere que la policía sepa lo de su hijo?

—¡Maldito chantajista!

—Hay que saber jugar las bazas. Son algo sucias, lo reconozco, pero con tipos como ustedes no da repugnancia jugarlas.

Se hizo un breve silencio. John Carson continuó de pie, ahora asido con las dos manos al respaldo de la butaca que ocupaba su hijo. En el cambio de color de sus uñas se podía apreciar toda la furia que le embargaba.

—Lionel... —musité.

El hijo alzó la vista.

—Dígame, Lionel: ¿qué amistades frecuentaba Debra en estos tiempos?

—Bueno, eran amistades más bien inconstantes, superficiales... Tal vez la más íntima fuera Peggy Maxwell.

—Ya.

Recordaba a Peggy Maxwell. Una rubita de buen ver con una cabeza llena de pájaros. No sería mala cosa hacerle una visita.

—Pero con quien más confianza tenía era con Spencer Cain, su padrino. Spencer Cain es un amigo de la familia de siempre. Sus padres ya eran amigos de los padres de Stanley Granger.

También recordé entonces a Spencer Cain. A éste no había

llegado a conocerle, pero Debra me había hablado en varias ocasiones de él. Otro nombre más que agregar a la lista de visitas.

—¿Eso es todo? —habló de nuevo John Carson, fulminándome con sus ojos.

No le hice el menor caso. Continué charlando con su hijo.

—¿Conoce a los Granger? —pregunté.

—Sí.

—¿Cómo son sus relaciones con ellos?

—Buenas.

—¿Les caía bien? ¿Le aceptaban?

—Eso pregúnteselo a ellos.

—Lo haré. ¿Usted qué opina?

—Creo que sí.

—¿Y usted? —Alcé la mirada para fijarla en el padre.

—¿Qué? —me espetó.

—¿Cuál es su relación con los Granger?

—Ninguna —respondió secamente.

—¿No les conoce?

—Sí les conozco.

—¿Y cuál es el trato entre ustedes?

—Él de saludarse, simplemente. ¿Terminó, detective de salón?

—Por ahora, sí —me levanté—. Pero antes le voy a pedir un favor, Lionel. Trate de recordar todas sus conversaciones con Debra. Tal vez haya algo importante.

—Sí...

—¡Es usted un tipo con ideas fijas! —barbotó John Carson—. ¡Trata de buscarle tres pies al gato! ¡Esto habrá sido la obra de un psicópata anónimo y nada más!

—Ésa es su teoría y yo la respeto. Para hacerla buena está la policía. Entretanto, trataré de seguir investigando, no vaya a ser que haya algo más.

—Usted sueña con un caso escandaloso, de esos que saltan a las primeras páginas. Algo que le haga salir de su mediocridad. Sí, señor; ése es el sueño de los pobres diablos como usted.

Mantuve una actitud serena, sabiendo que eso le encolerizaría más. Di media vuelta, encaminándome hacia la puerta.

—Turner...

Era Lionel Carson quien me llamaba.

—¿Sí? —Me volví.

—Tengo entendido que conocía a Debra, que mantuvo relaciones con ella en un tiempo... En fin, crea que lo siento.

—Eso no basta —repliqué.

—Y perdone a mi padre. Estamos muy alterados. Llevamos una racha muy mala. Hace un año murió mi madre en un desgraciado accidente, hace unos meses mi tía de Los Ángeles, y ahora esto...

No dije nada más. Abandoné el piso sin necesidad de que la pizpireta doncella me acompañara.

CAPÍTULO VI

Cuando salí a la calle, lo primero que hice fue localizar una cabina telefónica y llamar a Julie.

—¿Por dónde diablos andas? —Ladró ella al escuchar mi voz. Se la notaba enfadada. No era para menos; habíamos quedado que iría a su apartamento a cenar.

—Realizando visitas.

—¡Ya!

—Oye, aún tardaré...

—¡Los platos ya están listos! ¡Se van a enfriar!

—Lo siento, nena, pero el trabajo es el trabajo. Tengo que ver a otras personas.

—Hazlo mañana.

—Ya sabes que cuando me lanzo a una cosa no paro hasta encontrarme verdaderamente rendido. Y todavía tengo cuerda para un rato más.

—¡James!

—¿Qué?

—¡No te pienso esperar! ¡Cenaré sola!

—Mujer, no te pongas así...

—¡Me pongo como me da la gana!

—*Okay* —acepté, pensando en otra cosa—. Voy para allá.

Cuando llegué, todo estaba listo, pero yo sólo me ocupé de procurarme la guía telefónica. Primero busqué a Peggy Maxwell y comprobé que seguía viviendo en el mismo domicilio donde yo la había conocido. La telefoneé, le dije quién era, no se acordaba de mí, le di algunas referencias, entonces recordó y estuvo conforme que me pasara por su casa luego más tarde. Seguidamente busqué a Spencer Cain. Sólo podía haber uno dedicado a la construcción. Encontré su dirección y su teléfono. Llamé. Una voz de mujer me informó que hacía dos días se fue de viaje a Chicago, que le

esperaban esa noche, tras lo ocurrido a su ahijada.

—Bueno, espero que te enteres de una vez por todas de que existo —dijo Julie, brazos en jarras, frente a mí, una vez colgué.

Le demostré que lo sabía. Ella ya se mostró más satisfecha y luego nos pusimos a cenar.

—¿Te acompaño? —me propuso ella al término.

—Si no tienes sueño...

—Aún es temprano.

—Puede hacerse larga la noche.

—No me importa.

A las nueve y media llegamos al apartamento propiedad de Peggy Maxwell.

Como ya dije antes, se trataba de una rubita de buen ver. Tendría una edad similar a la de Debra, era hija de un importante arquitecto que había ayudado a sembrar moles de cemento en Manhattan y llevaba una vida independiente, consistente en vivir sola, hacer lo que le daba la gana y reírse del mundo... gracias al cheque mensual que le pasaba su padre bajo mano.

—Hola, guapo —me estampó un beso en los labios—. Ya no me acordaba de ti.

A Julie apenas le hizo caso cuando realicé las presentaciones.

Si antes dije que tenía pájaros en la cabeza, ahora, al cabo de los meses, tenía además unos cuantos humos de marihuana. Todo el *living* estaba impregnado de su característico olor.

Le expliqué a lo que habíamos venido.

—¡Debra, muerta! —exclamó, sorprendida—. ¡Es la primera noticia que recibo!

Nos señaló el diván, agregando:

—¿Queréis un pitillo, un trago de vodka...?

—Pasamos —contesté.

—¡No lo entiendo! ¡Ocurrirle una cosa así a la pobrecilla...!

—¿Qué nos puedes contar de ella?

—Tenía novio. Un chico que no está mal. Yo les vi en varias ocasiones y parecían felices.

Ella no había tomado asiento. Permanecía de pie, moviéndose constantemente de un lado a otro, delante de nosotros, nerviosamente, obligándonos a seguirla con la mirada.

Julie cruzó y descruzó las piernas un par de veces, bufando por

lo bajo, prueba inequívoca de que la joven la estaba cargando.

Y encima, el condenado olorcillo.

—¿No tenía problemas?

—Ya te he dicho: parecían felices.

—Me refiero a problemas de otra índole, no los sentimentales.

—¡Hummm...!

La dejamos pensar. Eso equivalió a verla pasear otras cuantas veces, encender un nuevo petardo y sentir cómo el *living* se convertía en un lugar prácticamente irrespirable. Cuando se decidió finalmente a hablar, Julie y yo nos encontrábamos algo mareados.

—Pues verás, guapo... Lo último que recuerdo fue un comentario acerca de su padre.

—¿Qué?

—Estaba algo preocupada por él.

—¿En qué sentido? —Arqueé una ceja.

—Había visto a su padre esa tarde en compañía de una joven.

De una chica como nosotras...

—¡Ajajá! ¿Qué más?

—Luego pareció arrepentirse de lo poco que me había confiado y cerró la boca como un cepo... ¡Oh, Judas, esto es la gloria! ¿De verdad que no queréis una chupada?

Le dije que no con la mano. Julie le dedicó una mirada de las que fulminan *ipso facto*. La hija de papá boqueó un par de veces y soltó unos gemiditos.

—¿Cuándo te hizo ese comentario?

—Anteayer —puso los ojos en blanco—. Fue el último día que la vi. ¡Pobrecilla! ¡Lo que está perdiendo!

Le hice una seña a Julie. Nos pusimos en pie, mientras ella se dejaba caer sobre una butaca.

—Adiós, Peggy —dije.

—Pero ¿no queréis quedaros con la pobrecita Peggy? ¡Os prometo una noche bárbara!

—Lo siento, preciosa. Tenemos prisa.

—¡Burgueses de mierda! —nos espetó, cambiando el tono de su voz repentinamente.

Lo último que pudimos observar de ella era cómo se desabrochaba la cremallera del pantalón. Luego, en la calle, el fresco aire de la noche nos hizo un gran bien. Parecíamos revivir.

—¡Esa tía está un poco tocada de la chaveta! —comentó Julie, inspirando fuertemente.

—Como todos —repuse—, pero cada uno a su estilo.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a...

—¿A casa? —insinuó con esperanza.

—No.

—¿A ver al tal Spencer Cain?

—Tampoco. No sabían a qué hora iba a regresar, y supongo que vendrá con ganas de descansar y no querrá recibirnos.

—¿Entonces...?

—Iremos a casa de los Granger.

—¡El humo de la marihuana te ha trastornado también a ti! ¡Ir a casa de los Granger!... ¡Nos tirarán a patadas, si es verdad todo lo que me has contado de ellos, vamos, de tus relaciones con ellos!

—Tengo que afrontarlo, hoy o mañana. Yo soy muy ansioso. Mejor hoy.

—¿Y vas a preguntarle a Stanley Granger por la chica ésa?

—Sí.

—¡Lo que me faltaba escuchar!

—El gran hombre se comportará mansamente esta vez. Si es lo que imagino, el temor al escándalo le hará guardar la compostura. Además, no es sólo eso. Necesito saber más cosas de Debra y sus padres pueden tener información de primera mano.

Julie ya no replicó.

La casa de los Granger ocupaba toda la planta quinta de un edificio monumental de Park Avenue. Era un pequeño palacio a través del cual nos condujo un estirado y elegante mayordomo, quien compuso una ridícula cara de asco al reconocirme y nos informó que los señores todavía no habían llegado, pero que podíamos esperarles.

En el salón donde nos abandonó, encontramos a otra persona. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de abundante pelo canoso, ojos claros, facciones simpáticas. Parecía mantener una buena forma física y se encontraba sentado en una butaca, saboreando plácidamente un combinado.

El estirado y elegante mayordomo se largó sin hacer las presentaciones, tal vez imaginando que nos conocíamos, tal vez

porque aún no le habían enseñado un mínimo de educación.

—Mi nombre es Spencer Cain —se presentó enseguida el hombre maduro, poniéndose en pie y alargando su diestra hacia nosotros.

—El padrino de Debra... —murmuré.

—Sí, señor.

Quedé gratamente sorprendido y entonces comprendí que Buck, el mayordomo, debió creer que había conocimiento entre nosotros.

—James Turner —dije luego—. Julie Hendrix.

—¡James Turner, el detective! —exclamó tras estrechar la mano de Julie—. ¡He oído hablar de usted!

—No me extraña —sonreí.

—¿Quieren un trago? —ofreció.

Asentí, dándole las gracias.

—Debra me habló bastante de usted, en aquella época —dijo, mientras servía nuestras copas—. Pero todo sucedió tan rápido que me quedé con las ganas de conocerle...

—Ya.

—Inaudito lo de Debra, ¿eh?

—Precisamente le he telefoneado esta noche —hice caso omiso de su comentario—. Quería hablar con usted.

—¡Oh!

—Me dijeron que estaba fuera.

—Sí, en Chicago. Negocios. Stanley me telefoneó urgentemente y cogí el primer avión en cuanto arreglé lo más necesario. Ni siquiera he pasado por casa. He venido directamente aquí.

—¿Y dónde paran los Granger? No me lo han dicho...

—En la Morgue.

Estas palabras pusieron punto final al principio de la conversación. Spencer Cain se acercó con las copas y nos las entregó. Luego nos indicó los asientos.

—¿Y ustedes por qué han venido? —preguntó entonces—. Si no recuerdo mal, Turner, usted no goza de...

—Lo sé —le interrumpí—. Pero si quiero saber cosas, he de hablar con los Granger. Me he hecho cargo del asunto.

—¿Por cuenta de alguien?

—Por mi cuenta y riesgo.

—En memoria de Debra, ¿eh? —Me miró fijamente a los ojos.

—Sí.

—Es usted un hombre íntegro.

—Procuro serlo.

—¿Cuál es su salario?

—Cien al día más gastos.

—Yo se lo pagaré.

—¿Por qué?

—Esa pregunta sobra. Los dos queríamos a Debra. Ahora que le conozco, crea que lamento que Debra se dejara influenciar por su padre...

—Ya no tiene remedio...

—No, claro que no. ¿Ella es... su novia?

—Una buena amiga. Es fotógrafo de modas.

Julie permanecía silenciosa, bebiendo a pequeños sorbos. Escuchaba atentamente y no cesaba de balancear la pierna que cabalgaba sobre la otra.

—¿Acepta?

—¿El qué?

—Que yo le pague.

—Nunca desprecio un dulce.

—*Okay*.

Apuramos nuestras copas. Saqué mi cajetilla de tabaco y ofrecí cigarrillos.

Fumamos.

—Bien, Turner —exclamó el padrino de Debra—. Quería hablar conmigo, ¿no? Me tiene a su disposición.

—La pregunta es rutinaria. ¿Cómo le iban las cosas a Debra últimamente?

—Parecía vivir más o menos feliz, sin preocupaciones...

—Eso dicen todos.

—No me contaba nada extraordinario...

—¿Y sus relaciones con Lionel Carson?

—Estaba contenta con él.

Dejé correr unos segundos de estudiado silencio. Luego pregunté:

—¿Y qué me dice de los Carson?

—Pues... —vaciló.

—¿Qué opinión tiene de ellos?

—Es difícil.

—¿Por qué?

Nueva duda. Dio una nerviosa chupada al cigarrillo y finalmente respondió:

—Me molesta hablar mal de la gente.

—¿Qué quiere decir? —Fruncí el entrecejo.

Julie se removió en su asiento, prestando más atención a la charla.

—Verá... —Spencer Cain se humedeció los labios con la punta de la lengua—. ¿Sabía usted, Turner, que los Carson están prácticamente arruinados?

—No —me sorprendí.

—Pues lo están.

—¿Tan mal les va el negocio?

—No es eso.

—¿Qué, entonces?

—John Carson es un vicioso del juego. Es uno de los principales clientes del Casino de Oro. ¿Lo conoce? Allí se reúnen las altas personalidades de Manhattan, la flor y nata.

—He oído hablar de él, sí.

—Pues pregunte allí por John Carson. Todo lo que ha ganado en los negocios se lo ha dejado en aquellas mesas. La ruleta ha sido su perdición.

Me quedé mudo por unos instantes, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Julie se adelantó entonces a mis pensamientos.

—¿Y a dónde quiere ir a parar, señor Cain? —preguntó, terciando en la conversación.

—Es sencillo —nos miró, primero a ella, luego a mí—. Lo imaginan, ¿no?

—¿La boda? —aventuré yo.

—Exacto —apagó su cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita ratona—. La boda era la solución. Una forma de salvar la debacle que se les venía encima.

—Entiendo.

Eso descartaba aún más, por el momento, a Lionel Carson. ¿Cómo matar a la persona que podía salvar su negocio? Claro que esa especie de coartada no la podía ofrecer salvo que se encontrara

muy apurado. No podía reconocer que se casaba por conveniencia...

—¿Y los Granger les hubieran ayudado? —pregunté, al tiempo que yo también me inclinaba hacia adelante para apagar el pitillo. Julie continuó apurando el suyo; se fumaba hasta los filtros.

—Supongo que sí. Siendo de la familia ya...

—Ajá.

—Además, Stanley y John fueron amigos en otra época.

—¿Cómo?

—Más que eso, socios.

—¿Qué dice? —Casi respingué del asiento.

—Ya veo que usted apenas sabe nada, Turner —sonrió el padrino de Debra.

—Diablo, mi conversación con usted está resultando altamente interesante. Explíquese, por favor.

—Stanley Granger y John Carson eran amigos de juventud. Comenzaron juntos en el negocio de las inmobiliarias, formando sociedad. Pero de pronto, inesperadamente, rompieron y se separaron.

Julie se puso en pie. Apagó la colilla y se ofreció para renovar el líquido de nuestros vasos. Entretanto, yo pregunté:

—¿Por qué?

—Nunca se supo exactamente. John Carson dijo que quería independizarse. Le vendió su parte a Stanley y montó su propio negocio.

—Podía ser eso verdad.

Julie ya estaba de regreso con los vasos mediados de licor. Spencer Cain tomó el suyo, me sonrió por encima del borde del cristal y dijo:

—Sí, pero entonces... ¿por qué no continuaron su amistad?

—¿Ah, no? —balbucí, temblándome el vaso en la mano. Desde luego, aquel hombre me estaba proporcionando una sorpresa tras otra.

—A partir de entonces se distanciaron más y más, entrando en una... digamos, cruel competencia. Se hicieron la vida imposible, comercialmente hablando. Ya no se vio a los dos matrimonios juntos, asistiendo a alguna fiesta, a algún restaurante, teatro o cine, como antes era habitual. Se acabó toda relación. ¿Por qué?

—Y usted, un hombre allegado a la familia Granger, no lo pudo

averiguar.

—A ciencia cierta, no.

—Pero alguna sospecha, sí.

—En efecto.

—¿Qué?

Bebió un sorbo, tomándose unos segundos para meditar. Finalmente dijo:

—Creo que la conversación ha tomado unos derroteros insospechados, que para nada sirven en el caso que nos atañe. El asesinato de Debra no puede tener ninguna relación con sucesos de hace veinte años.

—¡Quién sabe! Bueno es saberlo todo. Dígame, señor Cain, ¿qué logró averiguar usted?

—Es un tema delicado —quiso salirse por la tangente—. Mejor dejarlo. No removamos viejos rescoldos.

—Recuerde que es usted mi cliente, que yo soy su empleado. Debe haber completa confianza. Y, por supuesto, yo practico el secreto profesional. ¿Qué hay, señor Cain?

Silencio. Bebimos. Yo insistí una vez más. Por fin se decidió a hablar:

—Parece ser que hubo algo entre Monna y Stanley. Parece ser...

—¿Monna? ¿Quién es Monna?

—La señora Carson.

—¡Oh!

—Precisamente murió el año pasado. Me molesta hablar de estas cosas, sobre todo cuando tienen relación con una persona que ya no vive.

—Conozco el suceso. Un accidente, ¿no?

—No vea fantasmas, Turner —debió apreciar un tono irónico en mi voz—. En su muerte hubo numerosos testigos. Fue un desgraciado accidente. Le puede pasar a cualquiera. Monna Carson sentía verdadera pasión por la equitación y tuvo la mala fortuna de caerse del caballo de una forma... mortal. Se desnucó.

—Y su hermana también murió hace poco —comenté, recordando las palabras de Lionel Carson.

—De eso no sé nada. Mi relación con ellos es muy superficial.

—Ya. Pero, en fin, eso sucedió en Los Ángeles. Parece tener menor importancia.

—¿Algo más sobre los Carson?

—Bueno, sí. No entiendo muy bien cómo los hijos llegaron a prometerse, si las familias no se trataban ni se hablaban.

—Ellos se conocieron en una fiesta privada de jóvenes, según tengo entendido. Hubo flechazo, al parecer. Por otro lado, Stanley no es el ofendido, caso de que sea lo que yo le he contado. El ofendido es John, pero imagino que éste le diría a su hijo que adelante. Antes es el negocio que el orgullo, máxime cuando ya han pasado tantos años. El tiempo borra muchos males que parecen incurables.

—Comprendo lo que quiere decir, señor Cain. Obviamente, los Carson no atraviesan un buen momento: tres muertos en un año y quiebra económica. Feo panorama.

—El destino, Turner —suspiró resignadamente el padrino de Debra.

Y el destino quiso entonces que hasta nosotros llegara el inconfundible tableteo de una ametralladora.

CAPÍTULO VII

Spencer Cain corrió hacia la puerta vidriera que daba a la terraza.

Julie y yo fuimos tras él al momento. Enseguida nos asomamos a la baranda, mirando hacia abajo...

—¡Es el coche de Stanley! —exclamó Spencer Cain.

Había una gran algarabía. Un impresionante «Cadillac» se encontraba atravesado sobre la acera, en una postura ciertamente incorrecta. Un remolino de curiosos había acudido como moscas a la miel: unos chillaban horrorizados, otros pedían ambulancias y policías, los más se dedicaban únicamente a mirar el interior del auto.

De pronto, una puerta se abrió. Apareció la figura vacilante e histérica de una mujer.

—¡Nancy! —exclamó ahora Spencer Cain.

No esperamos a más. Nos precipitamos hacia la salida del piso, dispuestos a bajar a la calle. El mayordomo se nos unió. Un par de doncellas quedaron, pálidas, trémulas, junto a la puerta.

Cuando llegamos abajo, ya había acudido un coche patrulla y el número de curiosos había aumentado considerablemente. La señora Granger estaba tumbada en el suelo, completamente inconsciente. Presentaba algunos rasguños en rostro y piernas, debido a los bandazos del coche una vez perdido su control, pero nada más. Un curioso que se había identificado como médico la estaba atendiendo, tras haberse desentendido de Stanley Granger.

El gran hombre continuaba en su sitio. Es decir, al volante de su flamante «Cadillac». Lo malo es que le habían echado a perder su costoso traje, todo agujereado y ensangrentado. Se le podía observar a través del hueco delantero, inexistente el cristal, todo él hecho añicos. Se hallaba recostado hacia atrás, el cuello girado en extraña posición, más quieto que una momia. También tenía

picaduras de bala en el rostro, bastante deforme. Sólo lo sentí porque ya no podría hablarme de la jovencita con la que le había visto su hija.

Los patrulleros habían comenzado sus interrogatorios entre los testigos del suceso. Spencer Cain se preocupó más de la mujer inconsciente. Julie y yo prestamos atención a lo que allí se decía.

—Fue un «Buick» negro muy antiguo, un modelo del año 70 lo menos —explicaba un hombrecillo de cuarenta años, calvo y de ojos vivarachos, muy excitado—. Pasó junto a éste —señaló el «Cadillac». Yo miré instintivamente: el gran hombre hacia las veces de muñeco de barracón de feria, quién se lo iba a decir—, y de pronto comenzó el tableteo de la metralleta. Ocurrió en breves segundos. Fue visto y no visto. El «Cadillac» se salió de la calzada, como si se hubiera vuelto loco, se subió a la acera y chocó contra el poste de la parada del autobús, entre los gritos de la mujer. El «Buick» siguió su camino, a todo gas.

—¿Algún detalle más? —preguntó uno de los patrulleros, bloc de notas y bolígrafo en las manos.

—¿Alguien vio la matrícula? —preguntó su compañero.

Nadie aportó ningún dato más. Escuchamos a continuación unas sirenas que se aproximaban. Eran una ambulancia y un coche policial. De la primera bajaron unos enfermeros con una camilla. Del segundo, un par de hombres vestidos de paisano. Uno de ellos era alto, grueso, de cabello entrecano y rostro sanguíneo. Al otro le conocía perfectamente: era el teniente Sidney Harris.

—¡Usted aquí! —exclamó nada más reconocerme.

—¿Quién es, Sid? —preguntó, intrigado, el del cabello entrecano.

—James Turner, el detective privado.

—¡Vaya sorpresa! —comentó, aproximándose más a mí—. ¿Qué hace en este lugar?

—Aún no sé quién es usted —respondí acremente.

—El capitán Mac Coy. ¡Conteste!

—Me encontraba en casa de los Granger, esperándoles. Quería charlar con ellos. El señor Cain puede confirmar mis palabras.

—¿Y esta chica?

—Es una amiga mía. Julie Hendrix.

—La que le proporcionó la coartada, jefe —dejó oír su voz el

teniente Harris.

—¡Hum!

Observé cómo en esos instantes se llevaban en la ambulancia a la señora Granger. Spencer Cain se acercó entonces a nosotros.

—Precisamente queríamos hablar con usted, señor Cain —dijo el capitán Mac Coy—. Teníamos entendido que estaba fuera de la ciudad.

Spencer Cain dio la explicación que ya conocíamos. Luego agregó:

—Les ruego que me disculpen, señores, pero ahora quisiera ir al hospital. Deseo conocer el resultado del chequeo que le van a hacer a Nancy. Además, alguien tiene que acompañarla. ¿Viene, Turner?

—Si —contesté.

—¡Eh...! —Fue a protestar Sidney Harris.

—Este hombre trabaja para mí —explicó el padrino de Debra rápidamente—. Lo he contratado para que colabore en la resolución de este asunto..., que ahora parece haberse complicado más. ¿No, señores?

Se quedaron mudos.

Yo no dije nada. Les sonreí, tomé por los hombros a Julie y abrimos la marcha. Nos trasladamos al Bellevue Hospital en mi coche, pues Spencer Cain había venido en taxi desde el aeropuerto.

Por el camino apenas cruzamos unas cuantas palabras, cada cual iba sumido en sus propios pensamientos. De todas formas, puedo asegurar que en las mentes de los tres bailaba la misma pregunta: ¿Por qué?

—No lo entiendo —decía Spencer Cain—, por más vueltas que le doy.

—¿Tendrá esto relación con lo de Debra? —apuntó interrogativamente Julie.

—Apostaría a que sí —asentí, girando el volante a la izquierda para tomar la East 27th Street, en cuyo final se levantaba el enorme hospital.

Cuando llegamos, la señora Granger ya estaba siendo atendida. Nos quedamos en un acogedor saloncito de espera, fumando cigarrillos. Una de las enfermeras nos informó que presentaba un fuerte *shock*, que externamente no se le había apreciado ninguna lesión de consideración y que ahora iban a proceder a realizar un

estudio interno...

—Una lástima que ya no pueda hablar con Stanley Granger —comenté, fastidiado—. Posiblemente debía saber algo...

—¿Y crees que te lo hubiera contado? —sonrió irónicamente Julie.

—Habría utilizado la información facilitada por Peggy Maxwell. Con eso el gran hombre no habría tenido más remedio que soportarme.

—¿Peggy Maxwell? —inquirió Spencer Cain.

—¿No la conoce? Es una buena amiga de Debra...

—Sí, sí...

—Estuve hablando con ella esta noche. Por si sabía algo... Bueno, me comentó que Debra le había contado que estaba preocupada por su padre.

—¿Por qué?

—Le había visto en compañía de una joven.

—¿De una joven?

—Sí. ¿Qué sabe de ello, señor Cain? Con lo que ha sucedido, tal vez esto tenga su importancia.

—Debra no me dijo nada.

—Parece ser que a Lionel Carson tampoco y que con Peggy simplemente se le escapó. En cuanto se dio cuenta de la indiscreción, cerró el pico.

—Pues no tengo ni idea. Stanley con una joven... Hum..., podría ser. Pero ¿qué puede tener que ver con este asunto, Turner?

—No lo sé, señor Cain. Todo son suposiciones, no hay nada concreto en este caso. Tenemos algunas piezas del rompecabezas, es preciso encontrar las otras y terminar reconstruyéndolo.

—Ya.

—Por lo pronto, tenemos que agarrarnos a lo poco que sabemos...

En esos momentos apareció el médico que se había ocupado de Nancy Granger. Era un hombre rollizo, de ojillos ratoniles. Se envolvía en una bata blanca, sucia en algunos puntos, y en el dedo anular de la mano izquierda lucía una sortija que más de un riñón debía haber costado.

—No parece que tenga nada grave, sólo el *shock* —dijo, una vez hechas las presentaciones—. De todas formas, creo conveniente que

pase aquí el resto de la noche, en observación...

Spencer Cain, que era quien tenía la palabra, estuvo de acuerdo.

—¿Podemos pasar a verla? —pregunté.

—No está en condiciones...

—Por favor... —insistí.

—En fin, sólo uno de ustedes.

—Vaya usted, señor Cain, que es quien la conoce —invité, satisfecho—. Pero no olvide preguntarle por lo sucedido y por lo de la chica ésa.

—No creo que sea el momento apropiado, Turner —repuso, apagando su cigarrillo en el cenicero público que allí había.

—Podemos estar yendo contra reloj.

—Está bien.

El médico acompañó a mi nuevo cliente. Julie y yo nos quedamos solos.

—¿Qué piensas de todo esto, James? —me preguntó entonces ella, apurando el pitillo según su costumbre.

Yo me deshice de la colilla y contesté:

—Es un folión, pero ahora casi estoy convencido de que la muerte de Debra no fue un crimen ocasional como todos piensan.

—Crees que hay algo más.

—Sí.

—¿Qué?

—Eso me gustaría saber.

—¿Y por qué matar a los Granger?

—También me lo pregunto yo. Incluso más aún. ¿Sólo querían matar al gran hombre o a éste y su esposa?

—¿Por qué?

—Parece mentira que ella saliera ilesa del atentado. Una ráfaga de metrallata dirigida de delante atrás, contra el parabrisas, como así debió ser, tenía que haber sido mortal, o al menos haber causado heridas, a los dos ocupantes de los asientos delanteros. En cambio, todo el plomo se lo llevó el gran hombre. Ella, ni un rasguño de bala.

—¿Y..., qué quieres insinuar?

—Sólo eso, por el momento. Que no lo entiendo.

—¡Hum...! —murmuró pensativa ella, decidiéndose por fin a, dejar de fumar.

—Por otro lado —agregué, siguiendo el hilo de mis pensamientos—, lo sucedido esta noche habla de la obra de unos asesinos profesionales, o de gente sin escrúpulos y con cierto «oficio». Un ciudadano de la calle podía haber cometido el asesinato de Debra, sí, pero no lo de esta noche. El psicópata vulgar no se mete con una metralleta en un coche dispuesto a organizar algo premeditado.

—Entonces, tal vez no haya relación entre lo uno y lo otro.

—Tal vez —reconocí, preocupadamente, porque eso complicaría aún más el asunto.

Spencer Cain no tardó en regresar junto a nosotros. Parecía menos nervioso que antes.

—Me ha causado buena impresión —fue lo primero que dijo, sin que nosotros le preguntáramos nada—. Yo la he encontrado en perfecto estado, pasado el *shock* sufrido. No creo que tenga nada.

—Nos alegramos —cabeceé—. ¿Y de lo otro?

—¿Del accidente?

—Llámelo así.

—Apenas se dio cuenta, me ha dicho. Escuchó el tableteo de la metralleta y se acurrucó instintivamente en el asiento, agachando la cabeza. Oyó gritar a Stanley, luego vino el golpe. No recuerda más.

—Ya.

—Parece increíble, ¿verdad, Turner?

—Eso comentábamos Julie y yo.

—Debió ser un milagro.

—O que sólo dispararon contra Stanley Granger.

—¿Cómo? —Arqueó una ceja.

—No me haga caso. Es sólo una idea, una mala idea. Dígame, ¿y de la chica ésa?

—Era un tema delicado para tratarlo ahora, ya se lo dije, pero ha resultado no tener la menor importancia.

—¿Ah, sí?

—Nancy sabe de ello.

—Interesante. ¿Qué sabe?

—Bueno, hace poco se presentó en casa una muchacha recomendada por un amigo lejano de Stanley. La chica buscaba empleo aquí, en la gran ciudad, también alguien que le echara una mano.

—¿De dónde venía la chica? —pregunté, aprovechando la pausa que había hecho.

—De California.

—¡Ajá! ¿Y qué más?

—Stanley no se podía negar, según parece, y le dio empleo en las oficinas.

—¿Y ésa es suficiente razón para que se les viera juntos?

—Stanley se preocupaba mucho de ella. La chica no conocía a nadie, estaba sola, ya entiende.

—Usted también entenderá que eso puede dar lugar a varias versiones —le sonreí.

—No creo que Stanley cometiera una torpeza de esa índole —opinó, el rostro grave, mi nuevo cliente—. Si esa joven fuera su amante, no le creo tan estúpido de colocarla en su rodillas, pasearse con ella, llevarla a casa...

—A veces, las cosas más claras son las que más ocultas quedan. Se hace tan evidente y descarado que la gente no acaba de creérselo.

—No, no creo en eso —terminó concluyendo.

—Veremos. ¿Ha averiguado el nombre del amigo del gran hombre que la recomendaba?

—Nancy no lo sabe. Stanley no se lo dijo.

—Extraño, ¿no?

—Si ella no le conocía, ¿para qué iba a decirle el nombre?

—Claro. ¿Tenía amistades el gran hombre en California?

—Ahora no recuerdo. Supongo...

—¿Y el nombre de la joven?

—Lois Tremayne.

—Bueno, algo es algo. Veremos qué nos cuenta esa muchacha.

—Mañana —puntualizó Julie, soltando un bufido que yo conocía muy bien.

Observé su mirada furibunda y no me atreví a contradecirla. Además, la noche ya había estado bastante movidita y convenía descansar. Decidimos irnos a la cama.

Spencer Cain, por supuesto, se fue a la suya.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente encontré una gran consternación en las oficinas de las inmobiliarias Granger. Los empleados, conforme llegaban, se iban enterando de la fatal noticia. Unos lo lamentaban, otros se alegraban, los más se mostraban indiferentes.

Lois Tremayne no apareció.

Fue la única persona empleada en aquellas oficinas que faltó a la cita con el trabajo.

Yo ya había entablado contacto con el jefe de personal. Era un tipo de mediana estatura, semicalvo y ojos saltones. Respondía al nombre de Parkinson, pero carecía de los clásicos temblores.

—¡Es extraño! —Fue lo primero que me comentó, una vez en su despacho.

—¿Por qué?

—Parecía una chica formal y cumplidora.

—Tal vez se enterara de lo de anoche y haya pensado que no habría trabajo.

—¡Hum! Muy raro.

—Todo es posible. ¿Tendría inconveniente en facilitarme su dirección?

No lo tuvo.

Lois Tremayne se había instalado fuera de Manhattan. En la zona de Oakwood, en el sudeste de Richmond, vivía en una coqueta casita que, en cuanto la vi, me hizo fruncir el ceño. ¿Cómo podía ser que una simple oficinista pudiera pagar aquello?

La verja estaba abierta.

No me extrañó demasiado. Pasé, atravesando seguidamente el cuidado jardín. Llegué ante la puerta de la casa y pulsé el botón del timbre.

Sonó un bonito carrillón.

Esperé.

Y continué esperando.

Nada.

Nadie que acudiera a abrir.

Volví a llamar.

Idéntico resultado.

Me encogí de hombros y decidí dar una vuelta alrededor de la casa.

Todo parecía en orden, excepto aquella ventana abierta.

Me asomé.

Daba a la cocina.

¿Cómo era posible que no habiendo nadie dejara la verja y una ventana abierta? Sobre todo la ventana.

No lo pensé mucho.

Me apoyé en el alféizar y brinqué al interior. La cocina se encontraba en perfecto orden. Había alimentos en la nevera, la vajilla estaba limpia, las baldosas del suelo brillaban...

Comencé a recorrer el interior de la casa y seguí comprobando la primera impresión. Lois Tremayne no la había abandonado. Tal vez hubiera ido a algún sitio a hacer unas compras...

Por otro lado, no encontré nada que llamara mi atención. Y al final, decepcionado, opté por salir.

Ya en la calle, me planteé la cuestión de esperar o largarme. Como no tenía otra cosa que hacer, decidí lo primero. Consideraba de sumo interés hablar con Lois Tremayne. Podía saber cosas importantes.

Me recosté contra el muro de entrada y encendí un cigarrillo.

Ya lo consumía cuando apareció por allí un vejete de cara risueña que arrastraba tras de sí un singular carrito con herramientas de jardinería. No había que ser un lince para adivinar cuál era su profesión.

—Buenos días —me saludó, empujando la verja de entrada y disponiéndose a pasar.

—Hola —repliqué.

Se adentró. Yo fui tras él, después de dejar caer la colilla y aplastarla con el tacón de mi zapato.

—Es usted el jardinero, ¿eh? —dije.

El hombre me observó con más detenimiento.

—Sí —reconoció finalmente.

—¿Conoces a la señorita Tremayne?

—Sí.

—Yo la ando buscando.

—Ella trabaja. Pero lamento no poder ayudarle. No sé cuál es su lugar de trabajo.

—No importa. Ya estuve allí.

—¡Oh!

—Pero no estaba.

El vejete parpadeó, sorprendido.

—¿Es... es usted policía? —preguntó.

—No. Detective privado.

—Pues no sé en qué más puedo ayudarle. Apenas sé nada de la joven.

—Éste es un lugar residencial, costoso, ¿no? —Eché una mirada en derredor.

—Sí.

—¿Estas casitas se compran o se alquilan?

—Las dos cosas.

—¿Sabe en qué condiciones tiene la casita la señorita Tremayne?

—Alquilada.

—Eso debe costar un ojo de la cara.

—Y parte del otro —rió el vejete con una risa cascada.

Yo también reí para seguirle la corriente, aunque el chiste era muy malo.

—Y además paga jardinero —comenté conmigo mismo, pero en voz alta.

El creyó oportuno dar una explicación:

—Yo soy el jardinero de toda esta zona. No es obligado aceptarme. Hay algunos que se cuidan su jardín. Yo me ofrecí a la señorita Tremayne cuando supe que había alquilado la casita, y ella me aceptó.

—La verja siempre la deja abierta, ¿no? —pregunté siguiendo el hilo de mis pensamientos.

—Claro. Para que yo pueda pasar.

—Ajá.

Pero estaba lo de la ventana.

—¿Sabe si acostumbra a dejar alguna ventana abierta también?

—Hum... No sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Hay una abierta.

—Yo nunca me he fijado.

—Pero es un peligro, ¿no?, dejando como deja la verja abierta.

Cualquier persona puede entrar y...

—Tiene razón. Se lo diré cuando la vea.

—Tal vez la vea yo antes.

—¿Eso es todo, detective?

—Posiblemente sepa usted algo más —aventuré.

—No sé qué.

—Hombres —le espeté.

—¿Hombres? —cacareó.

—Si la ha visto acompañada de algún hombre.

—Pues no. Las pocas veces que la he visto y que he hablado con ella, estaba sola.

—¿Nunca le habló de nadie?

—Sólo hablábamos del jardín —respondió lastimeramente.

—Una pena.

—Eso sí...

—¿Qué?

—Hace un tiempo solía pasearse por aquí un hombre. Parecía un merodeador... No sé, fueron tres o cuatro veces, luego ya no le vi más.

—Pero ¿se fijaba en esta casa..., la vigilaba tal vez?

—Ésa es la impresión que yo recibí.

Fue entonces cuando un espeluznante chirrido de frenos puso fin a nuestra conversación. Acto seguido, un hombre seguido de otros dos entraron como una tromba.

Los conocía. Eran el teniente Harris y sus dos detectives.

—¡Usted aquí, maldito *pesquisa*! —rugió el teniente nada más reconocermé.

—Siempre que me ve dice lo mismo.

—¡Sabe que no me cae simpático!

—El sentimiento es recíproco.

—¿Qué hace aquí?

—Hablando con este hombre. Es un simpático conversador.

—No me venga con evasivas, Turner de los demonios. No estoy de humor. ¡Muchachos!

Temí que los dos detectives vinieran a por mí, al verlos

adelantarse. Pero no, siguieron camino hacia la casa. Observé con el rabillo del ojo cómo uno de ellos abrió la puerta con una llave.

Curioso.

—¿Qué hace aquí? —repitió el teniente de la Brigada de Homicidios.

Lancé un suspiro y luego respondí:

—Ando buscando a la chica que vive aquí.

—¿Por qué?

Chasquéé la lengua. Estaba fastidiado. No me gustaba el interrogatorio, pero...

—Supe que Debra estaba preocupada porque había visto a su padre en compañía de esta joven. Tras la muerte de Stanley Granger, decidí que sería bueno echar una parrafada con ella. Ya sabe que el señor Cain me ha contratado para que investigue.

—¡Pero no para ocultarle pruebas a la policía! —estalló, furioso—. ¡Si eso lo hubiéramos sabido antes, ayer tarde por ejemplo...!

—Yo lo supe anoche, en la madrugada. La señora Granger fue quien nos facilitó el nombre. Pero veamos, teniente, ¿por qué esa lamentación? ¿Qué pasa?

—Acabamos de pescar en el Hudson el «Buick» de marras.

—¿El de anoche?

—Sí, Con una metralleta y dos cadáveres.

—No me diga que...

—Uno de los cadáveres es el de Lois Tremayne.

CAPÍTULO IX

No era un espectáculo agradable, pero yo no podía apartar mi mirada del rostro de la muchacha. Allí estaba Lois Tremayne, desnuda ante mí, hinchada y deforme, con una horrible mueca en su rostro de jovencita de veinte años. Yo sabía que algo me querían decir aquellas facciones y por eso no cesaba de observarlas, estudiando cada detalle. Incluso me tragué cualquier sentimiento de aprensión y le corrí los párpados para ver el color de sus ojos. Las pupilas estaban extraordinariamente dilatadas.

A mis espaldas, mientras reflexionaba, el teniente Sidney Harris me contaba lo que él creía:

—Está claro que después de perpetrar el cobarde atentado contra el matrimonio Granger, huyeron a toda pastilla, pero con tan mala fortuna que en una de las curvas el muchacho perdió el control del coche y se fueron al río. El joven fue identificado enseguida por su carnet de conducir. Es Glenn Farrow, natural de Los Ángeles, California, profesión viajante de comercio. A la chica se la pudo identificar al fin por un papel de las inmobiliarias Granger que llevaba encima, pues carecía de documentación. Fuimos a las oficinas, dimos la descripción y enseguida nos facilitaron el nombre y la dirección. El caso pasó inmediatamente a mi sección, nada más se identificó el coche y se descubrió la metralleta. Ahora bien, el coche no era de ellos. Se trata de un «Buick» robado. Su dueño ha presentado este amanecer una denuncia por robo, cuando fue a por él para trasladarse al trabajo y no lo encontró. En fin —suspiró largamente, ventilando mi nuca con su aire—, ahora habrá que reconstruir por qué organizan lo que organizan, por qué ese odio contra la familia Granger, por qué los querían eliminar... porque casi con toda seguridad ellos debieron ser los asesinos de Debra Granger. ¿Qué le parece, Turner?

Se quedó esperando mi respuesta. Solté un gruñido de

despedida, dispuesto a abandonar la Morgue. El cadáver del joven, que había visto anteriormente, no me había dicho nada, pero el de la chica sí. Esperaba no estar equivocado. ¡Al final aquel rostro sin vida *había hablado*!

—¡Eh, Turner, maldito sea, todavía no hemos acabado! ¡Si sabe algo más...!

Yo iba muy ensimismado, además con mucha prisa, y no le hice el menor caso.

Ya en la calle, tomé mi coche y conduje hacia una dirección que conocía muy bien.

La puerta de la casa me la abrió la misma doncella pizpireta de siempre.

—¿Están los señores Carson? —pregunté tras saludar como los niños bien educados.

—Sólo el padre. El hijo salió a atender el negocio de la inmobiliaria.

—Precisamente es el padre quien más me interesa. ¿Quiere hacer el favor de anunciarme? —Seguí con mi educación de la época en que estudiaba urbanidad y todas esas mandangas.

Fue.

Volvió.

Caminamos juntos un trecho..., tras haber sido aceptada mi visita. Aunque a decir verdad, caso de que se hubiera negado, igual me habría presentado ante él.

Aproveché unos instantes para detenerme frente a la mesita de los retratos. Contemplé a la señora Carson con suma atención.

—¡Oiga...! —me llamó la doncella al darse cuenta que caminaba sola.

—Ya voy —dijo, sonriendo.

Finalmente llegué ante John Carson. Su rostro denotaba malas pulgas y honda preocupación. Pensé que aún se le iba a acrecentar todo ello en cuanto empezara a hablar.

Hizo como que no veía la diestra que le alargaba y ladró:

—¿Qué busca de nuevo en esta casa, Turner?

—Información.

—Es usted un maldito pesado. Sabe que no me es simpático y...

—Y también sabe que ha de aguantarme —le interrumpí—. Yo fui más listo que la policía, recuerde. ¿Se encuentra bien su hijo?

—¡Cerdo! —barbotó sin poderse contener.

—Ande, serénese, que tenemos mucho que hablar. ¿Puedo sentarme?

—¡Muérase!

—Ya llegará el día, no se preocupe.

Me dejó caer en una de sus confortables butacas. El permaneció en pie, moviéndose inquieto por delante de mí, las manos cruzadas a la espalda.

—Hábleme de su mujer —dije entonces.

De pronto, quedó inmóvil como una estatua.

—Hábleme de su mujer —repetí.

—Pe-pero... —tartajeó—, pero ¿a qué viene esto? ¿Qué mosca le ha picado, Turner?

—Me interesa su mujer.

—Mi mujer está muerta. ¡Déjela en paz!

—Lo siento, pero es necesario conversar sobre ella.

—¡Está loco si cree que...!

—Dígame —le corté nuevamente, haciendo caso omiso de sus airadas palabras—, ¿cómo conoció a su mujer? ¿Hace cuánto tiempo? Todo eso...

—Primero explíqueme...

—¡Primero usted! —atajé, cortante, con firmeza.

Dio un par de vueltas, todavía más nervioso, por fin tomó asiento y habló:

—Le juro que no odio a nadie tanto como a usted.

—Lo imagino —sonreí.

—Y como todo esto no tenga una convincente explicación, Turner...

—La tendrá, seguro. Adelante con la historia de su mujer, Carson. ¿Un cigarrillo? —le ofrecí mi cajetilla de Winston.

No aceptó.

Yo encendí un cigarrillo mientras él comenzaba su historia:

—Conocí a mi mujer hará cosa de unos treinta años, en la fiesta de cumpleaños de un amigo. Ella era hermana de un amigo de mi amigo. Nos gustamos, comenzamos a salir juntos, nos pusimos novios una larga temporada, usted ya sabe cómo eran entonces aquellas cosas... al final nos casamos. Ella quedó embarazada y vino al mundo Lionel.

—Esa historia es muy aburrida, Carson —me permití un bostezo—. Introduzcamos un nuevo personaje que le dé garra. Stanley Granger.

No dijo nada. Me miró muy fijamente, como si yo hubiera pronunciado una blasfemia y él fuera el Papa. Solté una bocanada de humo y repetí:

—Stanley Granger.

—¿Cómo? —murmuró al fin.

—Stanley Granger —dije una vez más—. Usted y él fueron amigos y socios. Es algo que no me dijo en nuestras anteriores entrevistas, Carson.

—Usted no me lo preguntó.

—No está mal la respuesta —chasquéé la lengua—. Pero dígame, todo eso es verdad, ¿eh?

—Sí —reconoció con voz débil.

—¿Ya era socio de Granger cuando conoció a su mujer?

—No.

—¿Cómo lo conoció a él?

—Su mujer era amiga de mi esposa.

—¡Ajá! Y decidieron formar sociedad.

—Sí.

—¿Por qué rompieron?

—Yo quería la independencia.

—No me responda tan rápidamente —le di otra chupada al cigarrillo—. Piénselo mejor y conteste.

—Quería tener mi propio negocio —insistió, tercamente.

—Pero ¿no lo tenía antes?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se asoció?

—Bueno, yo creía que...

—Dejémonos de chorradas, Carson. Sea sincero. Sé que no sólo terminaron en una ruptura comercial. También terminó la amistad. A partir de entonces ya no se trataron. ¿Por qué?

—¡Lo cierto es lo que le he dicho! —Brincó del asiento como un gato.

—¡Un cuerno! —Alcé yo la voz tanto como él.

John Carson se alejó hacia una repisa cercana. Allí había varias botellas y vasos. Escanció en uno de ellos. Le dejé hacer, fumando

silenciosamente.

Una vez vi que hubo bebido el primer trago, se lo solté abruptamente:

—Hubo problemas sentimentales.

Se revolvió como si le hubiera picado un áspid. El vaso, mediado de licor, temblaba ostensiblemente en su mano. El rostro había enrojecido, y en cada sien una vena se marcaba claramente. Era todo un cambio, brutal.

—Yo no deseaba escándalos, por otro lado estaba locamente enamorado de mi mujer... y teníamos un hijo. Decidí venderle a Stanley mi parte del negocio y separarme definitivamente de él. A partir de entonces no nos volvimos a hablar.

—¿Y qué hubiera pasado si se llegan a casar sus hijos? Hubieran tenido que hacer las paces...

—El tiempo lo borra todo. Veinte años...

—Veinte años y su ruina económica. Eso es otra cosa que no me dijo. Usted está prácticamente arruinado por culpa del juego. Es por esto por lo que estaba dispuesto a hacer el sacrificio de aceptar que su hijo se casara con una Granger y tener que volver a Stanley. ¿O me equivoco?

Me dio la callada por respuesta. Sonreí levemente. Porquería de mundo.

—Bien. Volvamos a la otra historia. ¿Cómo se entendieron usted y su mujer?

—Monna y yo, a pesar de todo, tuvimos una violenta discusión, nos dijimos de todo, estuvimos sin hablarnos... y al final ella cogió un día el portante y se marchó con su hermana Beth, a Los Ángeles...

—Los Ángeles, ¿eh?

—Sí, allí.

—Su cuñada Beth es la que murió hace unos meses, ¿no?

—En efecto. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo su hijo. ¿No se acuerda?

—No, no me acordaba.

—¿Cómo se llamaba su cuñada? Su nombre completo, quiero decir.

—Beth Lark.

—¿Soltera?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo su mujer allí, con ella?

—Casi un año.

—¿Fue usted a verla?

—No. Ya le dije que no nos hablábamos. Yo esperaba que volviera conmigo y con el niño. Y eso fue lo que sucedió. Regresó al fin.

—¿Y?

—Hicimos las paces. Decidimos empezar de nuevo. El niño nos necesitaba.

Dejé correr unos segundos de silencio, mientras reflexionaba acerca de todo lo escuchado hasta el momento. John Carson se me adelantó.

—¿Está pensando qué...? —La voz se le quebró y no pudo continuar.

Yo le di un nuevo giro a la conversación:

—Ahora hábleme de su cuñada Beth. Soltera, me dijo, ¿no?

—Sí.

—¿Vive allí algún otro familiar?

—No... Bueno, sí. Según se mire...

—¿Cómo está eso?

—Verá. Ella adoptó una ni... ¡diablo!

—¿Qué?

—¡Beth tenía una niña adoptada! ¡Cindy!

—¿Cuándo la adoptó?

—No recuerdo exactamente. Pero hará cosa de unos veinte años.

—Cuando lo de su mujer, ¿eh?

John Carson se levantó y corrió a por más licor. Le vi beber ansiosamente.

Luego volvió a mirarme y masculló:

—¡No puede ser lo que pensamos!

—¿Por qué?

—La chica también murió carbonizada en el incendio.

—¿Qué es eso del incendio?

—La casa de Beth ardió fortuitamente. Y perecieron ella y su hija adoptiva. Eso fue lo que me comunicaron las autoridades de Los Ángeles.

—¿Fue usted allí?

—No.

—¿Por qué?

—No me sentía con ganas.

—¿Y su hijo?

—Tampoco fue.

—¿Quién hizo la identificación de los cuerpos?

—No lo sé. Supongo que alguna amistad. Yo me limité a dar el visto bueno para que realizaran los entierros y que éstos corrieran de mi cuenta.

—¿Y la herencia?

—Apenas nada. La casa era alquilada. Y mi cuñada vivía actualmente de su jubilación. Era mayor que mi mujer.

—¿Usted nunca vio a la chica?

—No. Mi mujer nunca tenía ganas de viajar.

—¿Y cuando murió su esposa...?

—Sólo vino Beth al entierro.

—Entiendo.

—¿Qué piensa, Turner?

John Carson parecía ahora más aplacado, incluso podría decir que sumiso como un perro faldero.

—Me voy —decidió.

—¿Adónde?

—A seguir investigando. Adiós, Carson.

—¡Quiero saber...!

—Sabrá, no se preocupe, sabrá.

CAPÍTULO X

Una vez en el Police Department, fui a parar al despacho del capitán Mac Coy.

Éste se encontraba fumándose un puro mientras leía el *New York Times*. Un ventilador, en una esquina de la mesa, le proporcionaba el suficiente aire para no ahogarse.

—¿Qué pasa, Turner? —Tiró el periódico y se quitó el puro de la boca.

—Veo que me recuerda.

—¿Qué hace usted aquí?

—Tengo una bonita historia —sonreí amigablemente—. Y vengo a contársela para que luego su perro de presa no diga que no colaboro.

—¿De qué habla?

—Atienda.

Tomé una silla y me senté a horcajadas frente a él. Mac Coy había arrugado su nariz y me observaba con cierto recelo. Dije:

—Primeramente necesito que usted me ayude a obtener unos datos que me faltan.

Su nariz se convirtió entonces en una cosa rugosa y fea. Yo continué, imperturbable:

—Necesito que se ponga en contacto con sus amistades de Los Ángeles. Es decir, con los *polis*. Hace unos meses murieron allí Beth Lark y su hija adoptiva Cindy Lark, en el incendio de la casa en que vivían las dos. Hay que averiguar cómo se realizó la identificación de los cuerpos, pues supongo que estarían bastante deteriorados, posiblemente carbonizados, y sólo alguien muy íntimo o allegado podría hacerlo con seguridad.

—¿Y esto a qué viene, Turner? ¿Se cree que esto es una oficina de información general?

—No. Pero colaboración por colaboración. Usted consigue eso y

yo le cuento la bonita historia.

—¡Está loco si cree que voy a hacer lo que usted dice! —Dio un manotazo al periódico.

—Usted se lo pierde. Tenía algo bueno para usted. Mejor que Blancanieves y los siete enanitos.

Me puso en pie.

—¡Espere, condenado!

Me volví.

—¿Qué?

—Comprenda que...

—Adiós —me hice el duro.

Abrí la puerta, pensando que si Mac Coy no se arrepentía tendría que volar a Los Ángeles, y entonces me di de narices con el teniente Harris.

Este compuso una desagradable mueca, algo así como si hubiera visto un engendro, y luego miró hacia su jefe, mascullando:

—¿Qué hace el tipo listo aquí, capitán?

—Ha venido a chantajearme.

—¡Vaya, vaya!

—Dígalo más finamente, capitán —dije yo—. He venido a intercambiar información.

—¡Valiente fulano! —Me dirigió una mirada despectiva el teniente y después pasó al interior del despacho.

—¿Ha averiguado algo, Harris?

Me quedé a escuchar.

—No mucho. El chico, Glenn Farrow, vivía en un apartamento alquilado cercano a la casita de la tal Lois Tremayne. Lo alquiló en la misma fecha que ella, significativo, ¿no? Los vecinos no saben nada. El conserje le vio un par de veces acompañado.

—¿Con quién?

—Con la chica de marras.

—¡Mierda!

—Luego he ido a hablar con la señora Granger. Ya está en casa, totalmente recuperada. No le he podido sacar nada nuevo. Lo que me ha contado es lo mismo que me relató hace unas horas éste —me señaló con un índice—. Si quiere saber más de la pareja habrá que pedir ayuda a nuestros compañeros de Los Ángeles.

—¡Los Ángeles!

—Sí, jefe. Recuerde que Glenn Farrow era natural de allí. Y la chica había comentado venir de California, aunque sin especificar el lugar. No sería de extrañar que viniera también de Los Ángeles. Yo creo que allí pueden saber más cosas de ellos. A lo mejor nos llevamos un chasco, pero intentarlo no cuesta nada.

—¡Los Ángeles! —repitió el capitán y me miró—. Una coincidencia muy sospechosa, ¿no, Turner?

—Haga lo que le dije y con toda seguridad se llevará una sorpresa de miedo.

—¿Qué pretende? —preguntó el teniente, mosqueado.

—Cuénteselo —me ordenó Mac Coy mientras descolgaba el teléfono—. ¡Póngame con el Police Department de Los Ángeles! ¡Rápido!

Se lo conté.

—¿Y quiénes son Beth y Cindy Lark? ¿Qué tienen que ver con este caso?

—Beth Lark es la cuñada de John Carson, o sea, la hermana de Monna Carson, Lark de soltera. Y Cindy Lark es la hija adoptiva de Beth Lark.

—Pero aún no me ha dicho qué infiernos tienen que ver con el...

—¡Capitán Malcolm! —exclamó Mac Coy.

—Ahora verá...

—Soy Mac Coy, de Nueva York.

—...

—Tengo un problema que usted podría solucionarme...

—...

—Seguro que sí. Gracias de antemano. Verá... Se trata de un incendio acaecido hace unos meses en su ciudad. Ahora no dispongo de la dirección —me echó una mirada de disgusto—, pero sí sé los nombres de las infortunadas. Tome nota: Beth Lark y Cindy Lark. Ambas murieron. Me gustaría saber cómo se realizó la identificación de sus cuerpos. ¿Podrá ser?

—...

—Muy bien. Usted me llamará. Hasta ahora.

Colgó.

El teniente Harris me dijo entonces:

—Podría anticiparnos algo más, Turner.

—Es una historia cogida con alfileres. No quisiera resbalar.

—¡Adelante, Turner! —rugió el capitán.

—En fin, me sabe mal dejarlos en ridículo, pero si ustedes quieren...

—¡Absténgase de chistes malos! —barbotó Mac Coy.

—Lo siento por su teniente. Una pena que yo tenga que darles esta información...

—Turner, se la va a ganar —farfulló Harris.

—Aún no he podido olvidar a cierto listillo teniente que quería endosarme un asesinato...

—¡Turner! —chilló Mac Coy—. ¡Abra la boca para decir lo que sabe y nada más! ¡Harris, cállese!

Me humedecí los labios con la lengua y me dispuse a hablar:

—Resulta que Stanley Granger y John Carson fueron socios y amigos hace más de veinte años. Pero un buen día John Carson descubrió que Stanley y su esposa se entendían y ahí terminó la amistad y la sociedad. No se organizó ningún escándalo de alto nivel. Monna Carson, entonces, abandonó a su esposo y al niño y se largó a vivir a Los Ángeles con su hermana Beth, la solterona. Aproximadamente un año después regresó, hizo las paces con su esposo y reanudaron una nueva vida junto con el niño, algo así como sucede en los folletines. Todos felices, comiendo perdices. Pero hay algo importante: justo por esa época Beth Lark adoptó una niña. ¿Van entendiendo?

Supuse que sí. Los dos tenían la boca abierta, igual que dos tontos de circo.

Entonces sonó el teléfono. Mac Coy reaccionó descolgando el auricular de un zarpazo.

—¡Mac Coy!

—¡Ah!, ¿qué hay, capitán Malcolm? Ha sido rápido, ¿eh? —rió.

—...

—Así pues, no se realizó la identificación de los cuerpos por sus piezas dentarias o sus posibles señales anatómicas, ¿eh?

—...

—Ya. Hubo una persona allegada que se ofreció a realizar esa identificación. ¿Quién?

—...

Mac Coy parpadeó.

—Muchas gracias, capitán Malcolm. Posiblemente tenga que

volver a molestarle.

—...

—¡Gracias de nuevo!

Colgó.

Harris preguntó impaciente:

—¿Qué hay, jefe?

—La identificación la realizó el prometido de la muchacha.

—¿Quién? —pregunté yo.

Mac Coy estrujó rabioso el puro en el cenicero mientras le salían las palabras por la boca:

—Glenn Farrow, viajante de comercio.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente recibí la visita de Spencer Cain en mi despacho.

Venía muy contento, muy eufórico, y lo primero que hizo, antes que saludarme, fue poner encima de la mesa un cheque a mi nombre por valor de mil dólares.

Mis ojos bailaron, seguro.

—Se lo merece, Turner —me dijo después, ya acomodados—. Sin su ayuda... o mejor dicho, sin su inteligencia, perspicacia y agudeza...

—Por favor... —musité azorado.

—... No se hubiera aclarado el asunto —continuó él.

—Sólo hice lo que debía. Pero creo que este dinero es excesivo. Quedamos en...

—No hablemos de eso, Turner. Ya he dicho que se lo merece.

—Está bien. Nunca le hago ascos a un dulce.

Spencer Cain sonrió.

—¿Sabe...? —dijo seguidamente—. Vengo de hablar con el capitán Mac Coy.

—¿Y qué últimas noticias hay?

—Supongo que ya sabrá que anoche se exhumaron los cadáveres de Beth y Cindy Lark. Se realizaron las pruebas pertinentes gracias a fichas médicas que se tenían de ellas. Beth era Beth, pero Cindy no era Cindy. Los datos médicos facilitados desde Los Ángeles coinciden exactamente con los obtenidos de Lois Tremayne aquí, cuando se le practicó la autopsia.

—Sí —asentí aprovechando su pausa. A primeras horas de la mañana había hablado con el capitán Mac Coy.

—Está claro que Glenn y Cindy debieron decidir que ya era hora de saber el auténtico origen de ella. Bien forzaron a Beth, bien se lo sonsacaron con engaños. Luego le pegaron fuego a la casa, colocando en lugar de Cindy cualquier muchachita vagabunda,

hippy, o como quiera llamarla, que encontraron por ahí y que con toda seguridad nadie echaría en falta. Y se vinieron para acá.

—También me lo ha contado Mac Coy —moví la cabeza de abajo arriba.

—Pero seguro que no sabe esto.

—¿Qué?

—Es una noticia de última hora. La policía de Los Ángeles ya ha logrado dar con el médico que atendió hace veinte años a Monna Carson, qué pasó con la niña y todo lo demás, incluso la aparición de Beth para adoptarla. Ahora ya es un hecho probado que Cindy Lark era hija de Monna Carson... y prácticamente sin lugar a dudas de Stanley Granger, ya que solamente con él mantenía relaciones, aparte su esposo. Y si fuera hija de éste no hubiera montado todo ese número.

—Desde luego.

—Y siguiendo con la historia de los dos jóvenes: Glenn y Cindy llegaron a New York. Ya debían saber que la madre había muerto unos meses atrás. Buscaron a Stanley Granger y comenzaron a chantajearlo. Cindy consiguió empleo en sus oficinas y además alquiló una casita por todo lo alto. Glenn alquiló un apartamento cercano a la vivienda de ella, para no llamar conjuntamente la atención. El utilizaba su nombre porque no tenía nada que ocultar. ¡Y a vivir!

—Pero de pronto cortaron la sangría y se pusieron a matar. ¿Por qué? —pregunté mirándole fijamente—. Eso no está tan claro.

—El capitán Mac Coy piensa que ellos debieron haber conseguido alguna prueba legal del origen de ella y que, una vez muertos todos los Granger, con la ayuda de un hábil abogado, podían reclamar la herencia.

—Sí... —murmuré no muy convencido. La verdad es que desde el día anterior no cesaba de darle vueltas al asunto.

—No puede ser otra cosa, Turner.

—¿Qué otra cosa puede ser?

Me quedé mirando los pechos de Julie. Los tenía pequeños y redondos, con unas bonitas puntas morenas que se erectaban bajo mi cálido contacto.

—No lo sé —repuse, fastidiado. Las ideas no me dejaban ni

hacer el amor. Tenía el presentimiento de que algo fallaba, de que alguien se estaba riendo de mí—. Puede haber algo más.

—¿Por qué?

Ella me acarició, y cosa rara, no sentí absolutamente nada.

—¡Oh, James! —gimió.

—Lo siento, nena. Me obsesiona el caso Granger.

—Está bien —aceptó mi malestar interno—. Desahógate conmigo. ¿Qué te preocupa?

—Por ejemplo, el atentado aquél...

—¿Por qué?

—No entiendo cómo no murió Nancy Granger. Sigo sin poder explicármelo. Máxime cuando, si queremos hacer buena la teoría de la policía, ella tenía necesariamente que morir. ¿Lo entiendes? ¡Tenía que morir!

—Fue un milagro.

—Yo no creo en milagros. Ya sabes, el milagro es fruto de la incultura del hombre.

—¡Oh!, no me vengas ahora con filosofías.

—Y tú no me digas chorradas.

—Bueno, pues una casualidad...

—Hum...

—¡James, no seas testarudo! ¡El destino, el azar, lo que sea...!

—Muy bien. Pero también es posible que fuera hecho adrede.

—Pero ¿adónde quieres ir a parar?

—No lo sé.

—¡No lo sé, no lo sé! ¡Pues si no sabes nada, olvídale y...!

—Por otro lado, está el cambio tan radical de la pareja —seguí con el hilo de mis pensamientos—. Es claro que debían estar chantajeando a Stanley Granger, se han descubierto cuentas bancarias a nombre de Glenn Farrow en un Banco de la ciudad, y esos ingresos coinciden más o menos con las últimas extracciones del gran hombre de su cuenta corriente. Le estaban exprimiendo... ¡y de la noche a la mañana se convierten en una especie de Bonnie & Clyde!

—La herencia, ya sabes.

—No está eso muy claro, tampoco. No se ha descubierto ningún papel. He hablado de nuevo con Mac Coy. Lo último que han conseguido es lo de las cuentas bancarias. Tampoco ningún abogado

ha dado señales de vida acerca de si se le había consultado ese asunto.

—¡Está bien! —resopló—. ¿Qué es lo que quieres?

—Ya te he dicho que no lo sé. Son ideas que me bailan en la cabeza y no me dejan en paz. Ahí tienes el mismo accidente...

—¿A qué te refieres?

—Al accidente de la pareja. Lo lógico era abandonar el coche enseguida y robar otro. Pues no, señor. Corrieron con él más de diez millas... para al final acabar tragando más agua que un pez. ¡Idiotas! ¿Y cómo se dejan una ventana abierta al abandonar la casa?

—Nadie es perfecto.

—Glenn y Cindy demostraron ser unos asesinos finos, con cierta clase. He ahí las muertes de Los Ángeles, simulando un accidente fortuito que le colaron a la policía. ¿Por qué aquí actuaron tan bestialmente? Ésa es otra de mis preocupaciones.

—El cambio de aires...

—¡Vete al cuerno! —bramé ante la sonrisa burlona de ella—. ¡Pero atiende a esto otro! Al actuar así, tan bárbaramente, dejando bien a las claras que todas las muertes eran asesinatos, ¿qué policía no habría sospechado de ella en cuanto se hubiera presentado a por la herencia, por muchos papeles en regla que llevara? ¡Un plan demasiado descabellado!

—Tú lo dijiste antes:

Bonnie & Clyde.

¿No eran dos neuróticos de cuidado?

—Hoy día los criminales suelen ser más fríos y sensatos. Se diferencian menos de las llamadas personas normales. Cada vez el mal y el bien están más juntos. Desde mi punto de vista creo que lo más lógico era seguir cuidando de las gallinas de los huevos de oro. Podían vivir fenomenalmente bien a costa de Stanley Granger...

—Mira, James, apórtame una razón, un móvil para que sea otra cosa distinta a la idea construida por la policía... y empezaré a creerte.

Me encogí de hombros.

—¡Ah!, y para mayor *inri* tuyo, ten en cuenta que a esa idea colaboraste tú en gran proporción.

—Lo sé —reconocí de mal humor—, pero no estoy satisfecho.

—Bueno, creo que ya podemos dejar el tema —ella cambió de posición, moviéndose como una gata en celo sobre mí—. Yo te haré quedar satisfecho...

—¡Y también está el merodeador! —exclamé súbitamente, dando un brinco que la obligó a rodar por el lecho, estando a punto de caer al suelo.

—¡Estás loco de remate! —barbotó Julie, hecha una furia.

—Un tipo que parecía vigilar la casa de Cindy. El inoportuno teniente Harris interrumpió mi charla con el jardinero en ese punto y luego me olvidé con el descubrimiento de los cadáveres de la pareja. ¡El merodeador...!

CAPÍTULO XII

Podía resultar que aquel extraño merodeador no fuera otro que Glenn Farrow, con lo cual no habría conseguido absolutamente nada.

Pero...

Encontré al vejete de marras dos casitas más abajo de la que ocupara en vida Cindy Lark, alias Lois Tremayne. Le vi a través de la verja, cortando las flores marchitas del jardín.

—¡Eh! —le llamé.

—¡Oh, usted! —me reconoció al momento.

—¿Puedo pasar?

—¡Adelante! ¡No hay nadie en casa!

Entré.

—¿Qué desea? —preguntó, soltando las enormes tijeras y restregando las manos contra las perneras del pantalón.

—El otro día nos quedamos a medias en cierto tema.

—¿De qué se trata?

—Usted me habló de un hombre que había visto merodear la casa de la chica. ¿Se acuerda?

—¡Ah, sí!

—¿Qué me puede contar de él?

—Nada. No le conocía. No sé su nombre ni dirección.

—Lo imaginaba —suspiré, resignado—. Pero podría darme una descripción de él, ¿no?

—¡Oh, eso!

—Le daré una buena propina, amigo.

—Me llamo Patterson —sonrió.

—¿Qué le parecen veinte dólares, Patterson?

—Es usted muy amable —acentuó la sonrisa.

—Adelante con los datos.

—Era un tipo maduro, lo menos debía contar cincuenta y pico

años...

Estas primeras palabras hicieron que me animara. No, no se trataba de Glenn Farrow.

—¿Qué más?

—Rostro seco, de facciones chupadas. Ojos pequeños, no sé de qué color, muy pequeños, eso sí. Era más bien alto y delgado como una caña. Un cuatro huesos, ¿entiende?

—¿Algo más? ¿No le vio subir a algún coche, por ejemplo?

—Claro. El suyo. Bueno, supongo que sería suyo.

—¿Qué coche?

—Un «Chevy». Un modelo antiguo, desde luego. Tendría una docena de años. Hacía un ruido condenado. Por eso me llamó la atención el tipo, por el maldito ruido que organizaba su no menos maldito coche. ¡Qué lata!

—No se fijaría en la matrícula...

—A tanto no llegué.

—Una lástima. De bien poco me va a servir todo esto para localizarlo.

—Había algo más, señor detective. Me dijo que era detective, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué más?

—Lo malo es que mi memoria flojea. La vejez, ya sabe.

Le mostré otro billete de veinte dólares y eso hizo más que los medicamentos de la doctora rumana. Rejuveneció en un santiamén.

—En el cristal trasero llevaba pegado un adhesivo del Dog Bar.

—¿Qué es eso?

—Supongo que un bar. Yo nunca he oído hablar de él.

—Yo tampoco.

—Pero debe existir. Tal vez sea cliente de allí, digo yo. El adhesivo era muy bonito y llamativo. La faz de un perro lobo mostrando su enorme lengua y sus peligrosos colmillos. Me gustó, sí, señor.

—Espero que esto le guste más.

Le entregué los cuarenta dólares y me fui.

Logré dar con la dirección del Dog Bar cuando ya moría el día. Se encontraba en el Bowery, en una esquina de Elizabeth Street. Era un lugarejo tranquilo, bien decorado, limpio, donde se respiraba una gran intimidad. No había muchas luces, las camareras eran

bonitas y la música suave. La clientela estaba formada en su mayor parte por parejas de enamorados y hombres solitarios que buscaban paz para sus ideas. Un barman de rigurosa etiqueta atendía la barra.

—Hola —saludé jovialmente al encaramme a un taburete.

—Bien venido, amigo. Es la primera vez que viene por aquí, ¿verdad?

—Tiene buen ojo.

Sonrió, halagado.

—¿Quiere un cocktail de la casa?

—Vale.

Le dejé prepararlo en silencio. Luego, cuando me lo sirvió, lo probé ante su curiosa mirada.

—Está muy bueno —alabé, aunque hubiera preferido un highball.

—Gracias.

—La verdad es que he venido acá buscando a un determinado tipo —fui a lo que me interesaba—. No sé su nombre. Sólo sé que frecuenta este bar.

—Aquí no queremos follones —se mostró un tanto receloso.

—¡Oh!, no se trata de cosas desagradables. Es por una chica. Nada de mayor importancia —bebí otro sorbo—. De verdad que está excelente, oiga.

Se me acabó de ablandar.

—¿Quién es el tipo?

Le transmití los datos que me había facilitado el vejete jardinero.

—¡Ése es Hank, el Huraño!

Me dio un vuelco el corazón. Estaba sobre la buena pista.

—¿Lo conoce? —Me salió un gallo en la voz.

—Es cliente habitual. Todas las tardes, cuando cierra la oficina, viene aquí y se coloca en aquella mesa —la señaló—. Se bebe un par de *whiskys*, no acepta compañía de ninguna clase, dice que la vida es un asco, paga y se marcha a casa. Un tipo raro, poco sociable, sin amigos... Le llamamos el Huraño.

—Ya. ¿Sabe su nombre completo?

—Sí, claro. Hank Carter. Y también conozco su oficio. Detective privado.

—¡Detective privado!

—Tiene su oficina en el edificio de al lado. No le van bien las

cosas. Bueno, nunca le han ido. Por eso tiene ese carácter, Está amargado, ¿sabe?

—Entiendo.

—Y ahora que lo nombra, es extraño...

—¿El qué?

—Ayer tarde no vino. Y hoy parece ser que tampoco. Ya debía estar aquí.

—En el edificio de al lado me dijo, ¿no?

—Sí; saliendo, el de la derecha.

—Tome —dejé unas monedas sobre el mostrador—. Cóbrese y quédese la vuelta.

—¡Oiga, no se lo ha bebido todo...!

—No está bien que el creador se quede sin probarlo —le guiñé un ojo cuando ya me iba.

Ocurrió como en las novelas policíacas, cuando el chico de la historia parece que ya ha encontrado el eslabón que le va a resolver el asunto. Es decir, llegué arriba, toqué con los nudillos en la puerta y ésta se abrió del impulso.

Pasé al interior, preocupado. Era un pequeño despacho, sucio, bastante desordenado, oliendo a rancio. Lo que más desentonaba era el tipo despatarrado junto a la mesa escritorio, con un tajo en cada muñeca. La sangre, reseca, lo había manchado todo, suelo, ropas... y la navaja.

Me agaché junto a él y lo observé con toda la paciencia del mundo. Llegué a la conclusión de que ya debía llevar muerto un día por lo menos, el *rigor mortis* así lo evidenciaba. Por otro lado, las heridas en las muñecas eran demasiado profundas... Yo había leído algunas cosas acerca de este detalle.

Luego me puse en pie y comencé a revisar la mesa escritorio. Sobre ella, muy visible, había una carta autógrafa. En ella, Hank Carter se despedía de este perro mundo que nada le había dado. Era la misiva de un auténtico depresivo. Por lo demás, no encontré allí nada significativo. Papeles y más papeles sin importancia.

Entonces pasé a los cajones. En el último encontré una «*Parabellum*» del nueve largo, con abundante munición. Pero había algo más... Parte de aquella munición no servía para la pistola. Era munición de metralleta.

Las ideas comenzaban a agolparse en mi mente, pero todavía sin ningún resultado claro, evidente.

Me encaré al archivo. Abrí las gavetas. Nada. Nombres y más nombres, en fichas y más fichas. Sólo encontré cierto desorden en las letras *C* y *F*, como si una persona algo nerviosa hubiera rebuscado allí.

C y F.

Husmeé aún más. Como si fuera un perro amaestrado. Incluso me detuve en la papelería. La vacié y revisé todo, papel por papel.

De pronto, me eché a reír, con un papel carbón en la mano.

El que la persigue, la consigue.

Todavía riendo, alegre como un zorro satisfecho, las ideas ya brotando con gran claridad en mi mente, busqué el listín telefónico. Poco después hablaba con el todavía abatido John Carson.

—¿Qué más quiere, Turner? —exclamó sin ganas—. Creía que el caso estaba cerrado...

—Sólo que haga memoria, Carson.

—Usted me carga.

—Recuerde que fui bueno y en mi declaración no hablé para nada de su hijito...

—Escupa.

—¿Quién fue el detective privado que se encargó de vigilar a su mujer, hace veinte años? Comprendo que ha pasado tiempo, pero...

—¿A qué viene eso?

—¡Ya lo sabrá! ¡Conteste! ¿Se acuerda? —Me estaba impacientando.

—¡Claro que sí! ¡Hank Carter!

Solté un gruñido de satisfacción.

—Lo recuerdo perfectamente porque hace poco una persona me pidió que le recomendara un detective privado, pues tenía un asunto personal...

—Ken Fargo, su gerente, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

Colgué, excitado.

CAPÍTULO XIII

Me abrió la puerta envuelto en un batín de precio. Tenía el rostro algo enrojecido y los cabellos muy revueltos. Sus ojos poseían una expresión enfebrecida: me miraron como si fuera un aparecido.

—¿Se acuerda de mí? —pregunté.

—¡El detective!

—Exacto. ¿Puedo pasar?

—No creo que son horas... —comenzó a excusarse.

—Es importante.

—Mire, mañana... —Fue a cerrar la puerta.

—¡Basta de excusas torpes, Fargo! ¡Adelante!

No me anduve con buenos modales: le di un empujón y los dos pasamos al interior. El fue a revolverse, pero entonces se encontró con el cañón de mi revólver apuntándole a la barriga.

—¿Esto qué es? —farfulló.

—Que se acabó el juego, amiguito. Vamos a un lugar donde podamos instalarnos.

Llegamos al comedor sin que volviéramos a cruar palabra alguna. Por el camino había tenido la ocasión de probar mi olfato. Era un perfume que no tenía nada de varonil, pero que emanaba de Ken Fargo. Eso me hizo confirmar la sospecha que había nacido en mi mente mientras conducía el coche hasta casa de Ken Fargo.

—Explíquese, detective —exigió el gerente de la inmobiliaria Carson, los ojos despidiendo chispas de furia—, porque si no la policía...

—La policía vendrá de un momento a otro —le sonreí, demostrándole que su amenaza me importaba un pepino—. Yo la he avisado.

—¿Qué... qué...? —Las palabras no le salieron. Pareció un tartamudo sin remedio. Parte de su gallardía y arrogancia desaparecieron como por ensalmo.

—Yo me he adelantado a ella para darle a usted la buena nueva —dije, ensanchando la sonrisa.

Ken Fargo se dejó caer en un sillón. Yo continué en pie, el revólver empuñado.

—Ahora ya sé toda la historia, más o menos. Usted tenía un asunto personal que resolver, quería un detective privado y se le ocurrió preguntar a su jefe. Éste le facilitó el nombre de Hank Carter, de quien estaba muy satisfecho porque le había descubierto lo de su mujer, veinte años atrás. Carson no lo había olvidado en ese tiempo, pero lo que no podía saber era que Hank Carter había cambiado mucho. Era en la actualidad un hombre abatido, amargado, por lo mal que le iban las cosas, se encontraba en el declive de su carrera y de su propia existencia. Supongo que en alguna de sus conversaciones con Hank Carter, él le contó el trabajo que había realizado antaño para su patrón. Eso le hizo pensar. Por otro lado dio la coincidencia de que usted se enteró que había llegado cierta chica de California que recibía excesivas atenciones por parte de Stanley Granger... y que se parecía mucho a la esposa de su jefe. ¿Cómo sabía esto? —Hice una estudiada pausa, tomé aire y luego grité a todo pulmón—: ¡Haga el favor de salir, señora Granger, no me obligue a ir a por usted!

Ken Fargo respingó, pero un movimiento de mi mano armada le hizo retornar a la primitiva posición de hombre dominado.

Pasaron unos tensos segundos. Finalmente se abrió una puerta y apareció Nancy Granger.

Iba vestida de calle, con un bolso de mano bajo el brazo, pero tanto por la colocación de sus ropas como por el peinado que lucía uno adivinaba que se había arreglado apresuradamente momentos antes. Su rostro era del color de la cera, sus ojos carecían de vitalidad y se podía apreciar cierto temblor en sus dedos.

—Buenas noches, señora Granger —saludé—. Es usted la amante de Ken Fargo, ¿verdad?

—Sí —reconoció, hundiendo la barbilla en el pecho—. Mi matrimonio terminó hace muchos años. Lo de Stan con Monna no fue más que el principio de una larga serie de infidelidades. Como estábamos casados por la Iglesia y no deseábamos escándalos, por nuestra posición social, llegó un momento en que cada uno fue por su lado...

—No me interesa mucho todo eso, señora Granger. Vayamos al asunto. ¿Es verdad que usted le comentó a su amante lo que yo dije antes?

—Sí, sí —cabeceó mecánicamente—. Lo comenté con él. Pero como una cosa más de las muchas que se hablan. ¡Yo no sé nada de crímenes!

—Lo supongo.

—¡Se lo juro! —Alzó ahora su mirada para clavar sus ojos en mí—. ¡A mí me era igual que esa tal Lois Tremayne fuera hija de Stan y Monna! ¡Hace veinte años posiblemente me hubiera importado, pero ahora...! —Encogió los hombros—. ¿Qué más daba, si ya nada había entre nosotros?

—Pero para el amiguito aquí presente sí tenía importancia. Con esos datos puso a trabajar al detective Carter, imagino que dejando a un lado el primitivo asunto que le había llevado a él y que ya confesará, pero que ahora no importa. Hank Carter investigó, descubrió la ausencia de la señora Carson durante un año, su traslado a Los Ángeles, la muerte de la hermana y de la hija adoptiva. Incluso realizó un viaje a Los Ángeles, con lo cual obtendría una descripción de Cindy Lark y comprobaría fácilmente que era Lois Tremayne. También vigiló a la pareja aquí, en Nueva York. Toda esa información, que confirmaba las sospechas, se la pasó a usted, Fargo, quien decidió quedarse con todo y facilitar unos culpables a la policía.

Nuevamente hice un alto en la explicación. La señora Granger, trémula y silenciosa, había tomado asiento de espaldas a Ken Fargo. Éste me miraba de una forma que hubiera hecho temblar a más de un niño.

—Los Carson estaban arruinados, usted lo sabía cómo gerente de la empresa. Por otro lado, usted era el amante de Nancy Granger y supongo que la debía tener en el bote. Estoy seguro que pensó en quedarse con los dos negocios. Y en primer lugar, no le convenía la boda de Lionel Carson con Debra Granger. Ella fue, por tanto, la primera en morir...

Esta vez fui interrumpido por el llanto de la señora Granger. Yo seguí implacable:

—Luego, usted y Carter, a quien debió convencer con unos cuantos billetes, montaron el número del coche, disparando

primeramente contra el conductor y después, cuando la señora Granger se agachó instintivamente, hacia donde ella se encontraba. O sea, una ráfaga de derecha a izquierda, lentamente, para que al llegar al asiento contiguo al conductor ya no hubiera nadie. Supongo que para entonces ya se habían hecho con la pareja de California y los tendrían en algún lugar bien atados y amordazados. Al raptar a Cindy Lark cometieron el imperdonable error de dejar una ventana abierta. Y tras el atentado, los recogieron y los arrojaron con el coche y la metralleta al Hudson. Por último quedaba Hank Carter, un tipo inestable, que podía hablar en cualquier momento de flaqueza, de depresión. ¿Lo mejor?, liquidarlo también. Y lo *suicidó*. Dada su forma de ser nadie sospecharía. Y así llegamos al final: usted se casaba con Nancy Granger y compraba el negocio de los Carson, quienes no tendrían más remedio que vender, fallida la boda.

—Dedíquese a escribir novelas policíacas, Turner —me espetó—. Tiene mucha imaginación.

Estaba rabioso, pero procuraba mantener la serenidad a duras penas. Aún no se veía del todo perdido.

—Me gusta mi profesión —le dije.

—¿Y cómo va a probar todo eso?

En eso confiaba, en que todo lo mío no fueran más que palabras.

—Cometió algunos fallos con las prisas, Fargo.

—¿Sí?

Todavía le quedaba arrogancia, pero yo pensaba machacársela implacablemente.

—Se olvidó de mirar mejor en el despacho de Hank Carter. Usted sólo se preocupó del fichero. Retiró las carpetas de Carson y de usted. La *C* y la *F* son las únicas gavetas removidas.

—Eso no prueba nada.

—Aún hay más. En un cajón encontré munición de una «M-16».

Estoy seguro que corresponderá a la metralleta utilizada en el asesinato de Stanley Granger, el Departamento de Balística del Police Department lo confirmará. Eso ya une a Hank Carter con el caso, ¿se da cuenta? Luego también hay que contar con las declaraciones de John Carson... y de la señora Granger.

Ken Fargo miró rápidamente hacia la mujer. En los ojos de ella

sólo encontró odio, todo el odio que una madre puede sentir hacia el asesino de su hija. Eso le hizo palidecer y removerse inquieto en el asiento. Su nuez de Adán se movió muy significativamente: tragaba saliva con dificultad.

—El forense también tendrá que decir algunas cosas acerca de la muerte de Hank Carter. Ningún suicida se hace esos cortes tan bestiales, tan profundos y...

—¿Qué? —preguntó, ansioso.

—En la papelera encontrará la policía varios papeles carbón. Precisamente los que utilizó Hank Carter al escribir original y copia de su informe. Son de esos que se usan una sola vez y luego se tiran. Usted retiró la copia del archivo, el original se lo debió dar él... pero quedó otra copia. ¿Entiende? Aunque es difícil de leer, se puede hacer. Habla del trabajo que realizó para usted, aunque sin mencionar los crímenes que al final cometieron. Como verá son muchas pequeñas cosas que terminarán por hundirle.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

EPÍLOGO

Entré en el dormitorio con gran sigilo. Julie dormía plácidamente sobre la cama, luciendo toda su espléndida desnudez.

Llegué junto a ella unos minutos después. Me entretuve con uno de sus piecitos, haciéndole cosquillas. Finalmente despertó, runruneando como una gatita.

—Hola —dije.

Me miró con una ceja arqueada.

—Imagino que ahora ya estás libre de tus obsesiones detectivescas —murmuró.

—Prueba y verás —le sonreí.

Se acercó a mí con una mezcla de recelo y picardía.

—¡Oh, James! —exclamó, componiendo su rostro una expresión radiante—. ¡Oooohhh!

Aquello era sólo el principio, pero las mujeres son así: se asombran por nada.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

